
ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
4 PTS.
EL TRIUNFO DE EVA

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



PRÓLOGO

La embriaguez del poderío no se adueñaba del genovés Barnabó Lieto, aunque supiera que él sólo tejía y destejía los sinuosos hilos que movían múltiples marionetas en la empresa de conquistar la isla de Córcega.

La sala de la capital de la Serenísima República de Genova, donde acudió a esperar a una de sus principales agentes, la atractiva francesa recién llegada de Ajaccio, era la única suntuosamente amueblada de un caserón de humilde apariencia.

Cuando entró Viviane d'Aurigny, Barnabó Lieto se puso en pie, cortésmente. Parecía un anfitrión recibiendo a una amistad, o un galán afortunado acogiendo una grata compañía de aventura amorosa.

—Bienvenida, *madame*.

—Vuestra servidora, *signore*.

—¿Unos dedos de Falerno? ¿O preferís un refresco de miel?

—Dadme el vino más espirituoso que tengáis y que posea la virtud de reanimarme, porque muy de veras lo preciso.

Escanció el genovés y tendió una copa de rico cristal tallado a la aventurera, que apuró con ansia y placer el contenido.



Escanció el genovés y tendió una copa.

Depositó ella la copa vacía, y anunció:

—Supongo que es superfluo que os indique que he fracasado.

—Estáis aquí, *madame*.

—El Pulpo tiene los tentáculos muy largos, y, donde me escondiera, allá me alcanzaría.

—Sentaos, por favor, *madame*. He confiado mucho en vos, y sigo confiando en vuestra inteligencia.

Obedeció ella, desplegando los vuelos de su amplia falda. Sonreía con arte. Una sonrisa que era un compendio de elocuente

temor visible y a la vez de confianza en sí misma.

—Para mayor claridad de cuanto seguirá, prefiero anticiparos que, como muestra de la magnitud de invencibilidad que parece proteger a Dago Corsi, el bandolero que en defensor de Córcega se ha erigido, os traigo noticias pésimas.

—Estoy entrenado en la difícil disciplina de todo gran jugador. Saber perder, con la esperanza de ganar mucho, cuando el envite es importante. Anunciad sin temor, que el tiempo de los ínclitos y salvajes romanos pasó: ya no se cortan las cabezas de los portadores de malas noticias.

—Los invasores han sido exterminados. Ajaccio, al yo partir, celebraba con grandes festejos el triunfo.

—Confiaba mucho en el condotiero "Sans Merci" y en la ayuda que le prestarían allá.

—"Sans Merci" y los demás fueron aniquilados.

—Bien. Os agradezco la información que aun no he recibido. Ahora espero la referente a vuestro cometido, qué era apoderaros de messer Corsi con la ayuda del agente Charles Mombray.

La francesa sirvióse ella misma otra copa, que apuró. Recordaba con rencor la faz de Calígula del inglés.

—Charles Mombray murió.

—Lo sabía.

—Todos sus *bravis* perecieron.

—Son fáciles de reemplazar.

—Gubio Orsini fracasó también en su cometido de dar muerte a Dago Corsi.

—Quedáis vos con vida, y lo celebro, *madame*, porque sois gentil y muy deliciosa. Sería un crimen perderos…

Las frases pronunciadas por el genovés casi parecían cumplidos, pero Viviane d'Aurigny no se engañaba.

Sabía percibir la obscura amenaza. Los que fracasaban desaparecían misteriosamente, y volvían a aparecer apuñalados en cualquier callejón, o flotando estrangulados en el río.

—Dago Corsi es más poderoso que nunca.

—La embriaguez del poderío, *madame*, conduce a imprudencias. Es muy posible, y cuento con ello, que al Diablo Corso la propia soberbia le pierda. Antes de proseguir con lo que estimo debe ser interesantísimo para mí, y de retrueque para vos, ya que aquí estáis, decidme: ¿estáis cierta de no haber sido seguida?

—Tres bandidos de Dago me siguieron… Han muerto.

—Bien. Dadme vuestra personal opinión de Dago Corsi.

—Inquietante y desconcertante. A veces semeja un desenfadado

trovador, que todo a juego lo toma, y que es capaz de ser un genial y caballeroso paladín. En otros momentos es estremecedor, y bien ganada tiene su fama demoníaca.

—¿Puntos débiles en él?

—Ninguno, porque cuando parece propenso a sucumbir a su íntima caballerosidad ante las damas, el genio infernal sopla, y mata, ruge, estrangula y se refocila en destrozar.

—¿Lugartenientes?

—Un hércules que domestica lobos, y es temible por socarrón e incorruptible. Parece el genio protector de Dago.

—¿Otro?

—Un bretón, llamado Lascar; es un corsario burlón y frío como un pez escurridizo.

—Para darme esas malas noticias, no habéis venido.

—El que antaño fuera el enviado del turco Abdul Hamez, es el talón de Aquiles de Dago.

—¿Rasuni?

—Cuyos nombres son Delfín y Lechuga... Creo que no son sus verdaderos, ya que es hombre que ha sufrido muchos avatares y transformaciones.

—¿Y bien?...

—Me ama.

—Perdonad, *madame*, pero en Francia, tierra exquisitamente frívola, son varios los conceptos que a la palabra "amor" se dan. Es una escala de valores que empieza en el balbuceo de la niña de quince años, y termina en la senil pasión de un hombre setentón.

—¿Qué concepto tenéis vos..., en fin, se tiene en esta hermosa tierra, del amor?

—Total entrega de cuerpo y espíritu.

—Así me quiere el apodado "Siete Vidas".

—Entonces...

—Pero es fiel aDago.

—Más puede la sirena que el tritón.

—Ignoro cómo, pero Dago ha logrado una fidelidad a toda prueba de sus lugartenientes.

—¿De qué, pues, me ha de complacer el enamoramiento que en el llamado Delfín despertasteis?

—Gracias a él estoy con vida. Y habiendo podido aprender muchas cosas, estoy en condiciones de asegurar que he hallado el medio, no ya de exterminar a Dago Corsi, sino a toda su partida.

—¿Incluido vuestro galán?

—Espero no sea necesario, ni me lo exijáis.

—Respeto el amor allá donde se presente. ¿Y cuál es este medio milagroso que os permitiría triunfar allá donde fracasan los mejores?

—Os dije que, a instantes, Dago Corsi es generoso. Y vos acabáis de afirmar que más puede sirena que tritón.

—De costumbre soy bastante fácil de comprensión, pero en éstos momentos no alcanzo a entenderos.

—Los Hermanos Corsos han instalado su cuartel general en la Gruta de Anfítrite, que es un paraje inaccesible a fuerzas y navíos, por lo bien defendida y pertrechada que está.

—No ignoraba esta molestia.

—En la bahía, una tenue corriente, que de mar libre procede, lleva muchas veces restos de naufragio a la costa.

Barnabó Lieto sirvióse un refresco. Bebió, entrecerrando los párpados.

—Ofrenda del mar, *signore*—dijo, dulcemente, la francesa—. ¿Hay nada más emocionante que una guirnalda de femeninas bellezas desamparadas, temblorosas, pidiendo mudamente protección?

—Delicado cuadro.

—Suponed, *signore*, que, con luna o sin ella, varias balsas mal acondicionadas soporten pobrecillas mujeres desamparadas... La corriente, cómplice sin saberlo, llevaría las balsas y su lindo cargamento hacia la playa donde vigilan los Hermanos Corsos.

—Al encallar las balsas, las pobrecillas, tendidas, rendidos los nervios, sobre la playa, tejerían bella guirnalda. ¿Dónde naufragaron y qué nave las conducía?

—Serían inermes corderas que un pirata bereber había raptado en el norte de la isla corsa, para llevarlas al harén del Gran Visir.

—¿Y cómo explicarían el que los bereberes no las mataran?

—Atendían ellos a la maniobra.

—¿Las balsas?

—El temporal las lanzó al agua, y ellas, las pobrecillas que pudieron escapar por amenguar la vigilancia, se arrojaron al mar, dispuestas a morir. Murieron muchas, pero una decena se salvaron...

—¿Y éstas supervivientes?

—Cada una de ellas llevaría el más activo veneno, cosido en uno de sus harapos. Ved el cuadro, *signore*... Están ateridas de frío; Dago Corsi las conduce a la gruta para que en las hogueras de la cocina se entibien los delicados miembros. Reposarán, y poco les ha de costar el verter el veneno en la comida de los Hermanos Corsos.

—¿Y vuestro galán?

—Una de las pobrecillas náufragas tratará de impedir que beba ni coma cuando el veneno esté ya vertido.

—Hermosa guirnalda venenosa. Basta tan sólo que sea advertido uno de mis capitanes marineros, y todo en el mayor secreto. Vos os encargáis de reclutar a las diez náufragas.

—Gracias, *signore*.

—Y creo, *madame*, que olvidaremos vuestro anterior fracaso, dado que esta idea que habéis tenido es atinadísima.

—Propongo, *signore*, que tan pronto la guirnalda venenosa haya conseguido su misión, la Gruta de Anfítrite sea ocupada por fuerzas mercenarias, que aprovechen los mismos pertrechos que ahora impiden la entrada a vuestras expediciones.

—No me equivoqué al suponeros insubstituible, *madame*. ¡Ojalá reine siempre entre nosotros esta excelente unión! Beso vuestros pies.

Capítulo I

DE LEJANA TIERRA…

La mirada del capitán Olaf Hogni estaba acostumbrada a sumirse en mares procelosos, glaucos y tempestuosos, donde el continuo remover de las olas alborotaba las aguas, convirtiéndolas en sucias y amarillas.

Tales eran los mares que había surcado desde su infancia de grumete entre los puertos de Escocia y del Báltico, llegando alguna que otra vez, en breve escala, a su puerto natal de la isla lejana y semi-salvaje de Islandia.

Había sido hasta fines del siglo XV un rudo pero honesto mercante, al servicio de una poderosa empresa naviera de Hamburgo.

Resistió cuantas tentaciones halló, hasta que, descalabrado misteriosamente su primer contramaestre en el puerto de Hamburgo, se presentó a bordo de su nave un robusto sujeto que dijo llamarse Piotr Grymlca, y ser eslavo del Sur.

El ruso exhibió documentos que, legalizados, le atestiguaban como experto marino. Dijo hallarse circunstancialmente en Hamburgo, y que, por haber sabido que el capitán Hogni se encontraba sin contramaestre, había pensado que fuera posible ofrecer sus servicios.

El aspecto físico del ruso era prometedor de tenacidad y reciedumbre. Olaf Hogni lo contrató, sin comprometerse más que para la travesía desde Hamburgo al puerto irlandés, y regreso.

Aceptó Grymka, que asumió inmediatamente las funciones de primer contramaestre, demostrando pericia y don de mando.

Olaf Hogni era frío, flemático y reservado. Piotr Grymka, a medida que el velero “Saga” iba internándose en su singladura hacia Islandia, fué granjeándose el respeto temeroso de los rudos marineros, y a la vez suscitó en el capitán un sentimiento semejante a cierta simpatía.

Cuando el eslavo, libre de turno de servicio, entraba en la cámara para beber el caliente brebaje de ron, coincidía a veces con Olaf Hogni, y entonces éste, invitándolo tácitamente a sentarse, parecía deseoso de oírle hablar.

Al principio, Grymka relató con breves anécdotas diversos sucesos, ocurridos en distintas comarcas.

Podrían ser imaginarios, pero tenía gracejo contando, y sobre todo, por los detalles con que adornaba sus narraciones, demostraba haber viajado mucho...

Se fué Hogni aficionando a matar las horas encalmadas, cuando podían atender a la maniobra los otros contramaestres, invitando al eslavo a que le entretuviera con su charla.

Llevaban ya seis días de travesía, con fuerte viento de proa que dificultaba el avance, como por lo general ocurría en aquella zona, cuando Piotr Grymka habló del Gran Visir.

Para Olaf Hogni, el Gran Visir era algo parecido a un ogro de cuentos de hadas, casi un personaje del cual mucho se habla, pero que no tiene vida propia.

Y no sabía que el hábil eslavo estaba sondeando el terreno, ya que él mismo había sido quien descalabrara al primer contramaestre, que reemplazaba..

—La fortuna que posee el Gran Visir, solamente en oro y piedras preciosas, no cabría en vuestro barco, capitán.

Flemáticamente, Olaf Hogni denegó con la cabeza. Era muy parco en palabras, y estimaba que poseía la suficiente mímica para expresar incredulidad con su movimiento.

—Os juro que no es exageración, capitán. Todos los primero de año acuden a Estambul los reyezuelos de las muchas regiones de que se compone el dominio turco, y cada uno de ellos aporta, en oro y diamantes, un peso equivalente al suyo.

Enarcó las cejas el islandés para demostrar que lo que estaba oyendo le parecía una leyenda interesante, pero nada más que una leyenda.

—Lo he visto con mis propios ojos, capitán. Ya os dije que soy natural de la península cuyas costas son bañadas por el mar turco. Yo estuve en Estambul un año entero.

El encogimiento de hombros del capitán Hogni expresó con evidencia que a él le tenía sin cuidado donde hubiera estado o no su nuevo primer contramaestre.

Pero Piotr Grymka no se descorazonaba por escepticismos. Insistió:

—Y lo que por allí vi, capitán, es maravilloso. Figuraos que el Gran Visir tiene seiscientas esposas...

Olaf Hogni, como buen nórdico, era infantil y poco apasionado. Para él, las mujeres eran un adorno, que tanto más bonitas quedaban cuanto más lejos.

Torció la boca severa en una mueca que, con aguda penetración del observador, podía interpretarse como una sonrisa.

Y habló pausadamente:

—Mi amigo el capitán Rejka enviudó, volvió a casarse, y se ahorcó. ¿Cómo un hombre puede vivir con seiscientas esposas? He oído hablar de eso, pero si no lo veo, no lo creo.

—Podéis verlo, capitán—dijo, con voz repentinamente apagada, el eslavo, mirando fijamente al islandés.

Volvió a encogerse de hombros Olaf Hogni, dando a entender que nada se le había perdido por los dominios del Gran Visir, tan alejados de su ruta ordinaria.

—Si vos me autorizáis a ello, capitán, yo desearía saber lo que para vos constituiría vuestra máxima ambición.

—Cinco años más navegando, y podré comprar las corraleras de la vieja Ilse Norge, para criar carneros. Tengo cansancio de mar. Quiero tierra sólida bajo mis pies y calor de establos.

—En un solo viaje, no sólo podríais comprar las corraleras, capitán, sino media isla.

—¿Para qué quiero yo media isla?

Pero en los ojos del islandés había cierta luz de interés repentino. De pronto, dirigió un índice erecto hacia el rostro del eslavo.

—¿No seréis vos un pirata fementido, Piotr Grymka?

Hizo el ruso tres rápidas cruces con sus dos manos, como en exorcismo eficaz.

—Ni lo fui, ni lo seré, mi capitán.

—Seguid, pues, hablando.

—Hay un cargamento fácil de transportar, capitán. Por cada fardo nos pagaría el Gran Visir mil florines. Y podríamos llevar cincuenta fardos sin gran dificultad.

—Cincuenta mil florines... son cincuenta mil florines—asintió, después de un instante de reflexión, el islandés.

Hizo otra pausa, y añadió:

—Lo comunicaré a mis navieros, y, si acceden, haría la ruta del Mediterráneo. Por mi parte de carga, me tocarían..., pues, al uno por cien, quinientos florines, menos vuestra comisión, que fijo en el medio por cien, pues... doscientos cincuenta florines. Me sobra dinero para adquirir las corraleras de la vieja Ilse Norge, que ha sido el sueño de toda mi vida, creedlo.

Y como nunca había hablado tanto de una sola vez, Olaf Hogni resopló antes de asir un jarro y beber largamente.

Piotr Grymka creyó llegado el momento por el cual había descalabrado a un hombre, substituyéndolo.

—Mi comisión no me la pagáis vos, capitán. En cuanto a los

navieros, ¿por qué han de quedarse con la parte del león, siendo vos quien corréis todos los riesgos?

—Esta es la ley.

—Es que los navieros no accederán a que llevéis en vuestra cala los fardos que interesan al Gran Visir. Son cincuenta mil florines enteros para vos, con los que podéis comprar la mejor de las naves...

—No quiero nave, sino establos.

—Podéis adquirir cuantas corraleras haya en Escocia.

—¿Por qué en Escocia?

—Porque os sería difícil regresar a Islandia.

—Islandia es donde quiero morir.

—Podríais, porque también he pensado en algo que os dejaría libre de responsabilidades.

—No os entiendo, Piotr Grymka. ¿Qué fardos son?

—Mujeres.

Piotr Grymka, apenas hubo pronunciado la palabra, hizo retroceder su escabel.

Olaf Hogni se levantó a medias...

El velero cabeceaba violentamente. En la puerta de la cámara apareció un marinero.

Anunció, con calmosa estolidez:

—Maderos flotantes, mi capitán. La corriente los empuja hacia la proa, y me manda el tercer contramaestre.

Olaf Hogni olvidó los "fardos".

Salió precipitadamente, seguido por Piotr Grymka, y ambos, por espacio de una larga hora, empapados de lluvia que el viento les sacudía en ráfagas arremolinadas, atendieron a las difíciles maniobras. Con poca vela, bandeando con siniestros crujidos, la nave sorteó por escasa distancia los peligrosos maderos restos de un reciente naufragio.

El vigía tocó el largo cuerno marino, anunciando, a la señal de Olaf Hogni, que el peligro había cesado.

El segundo contramaestre vino a anunciar que durante las maniobras uno de los tripulantes había caído al mar.

Se alejó al ademán que hizo el capitán.

Olaf Hogni mantenía las dos manos rodeando el remate del pequeño puente de mando. Sus nudillos blanquearon intensamente.

Estaba decidido a matar al ruso...

Lo llamó con voz sorda, y Piotr Grymka ascendió como un simio por la escalera de cuerda.

—Buen hombre de mar sois, Piotr Grymka— dijo, sinceramente.

—Gracias, capitán.

—Seguid explicando con detalle vuestro plan. Empezad por el principio y con claridad.

Piotr Grymka era inteligente, y no un suicida.



Estaba decidida a matar al ruso.

—Hace diez años, un pirata vikingo concibió la idea de raptar

una veintena de mujeres islandesas...

—Lo sé... Fué el maldito Gosta Framoer. Cuando los niños islandeses quieren mentar al más vil enano mezquino, dicen: “Gosta Framoer”...

—Gosta Framoer las llevó a Estambul. Ahora vive en una isla del Egeo, tiene un palacio y es feliz. El Gran Visir aprecia mucho a las mujeres de vuestra isla, capitán. Parece ser que son dulces, sumisas, obedientes y muy poco habladoras.

—Así son.

—Quiso el Gran Visir que Gosta volviera a raptar más islandesas. Pero el vikingo no aceptó. El Gran Visir envió a uno de sus mejores marinos, el cual...

—...con todos sus bereberes, fué ahorcado encima de los geysers, que, por si lo ignoráis, son las grietas del suelo por las que brota agua hirviendo.

—Aquel fracaso no desanimó al Gran Visir. Yo tuve la suerte de lograr entretenerle. Y me dió cinco mil florines para que consiguiera plaza a bordo de una nave que tocara en Islandia.

A la vez que hablaba, Piotr Grymka dióse unos golpecitos sobre su abultado tórax. Bajo la camisola repiquetearon con su característico son alegre monedas...

—Cinco mil florines... son cinco mil florines—admitió Olaf Hogni—. Venid conmigo a la cámara, Piotr Grymka. Aquí hace demasiado viento.

Poco después, sentóse el capitán, mientras sobre la mesa que los separaba Piotr Grymka volcó el gran pellejo que, a modo de bolsa, hizo caer en rutilante cascada relucientes monedas de oro.

Los maravillosos florines...

Los dedos de Olaf Hogni fueron entreteniéndose en hacer montones de diez monedas ante él, mientras seguía el ruso hablando:

—La existencia que allá llevan las esposas del Gran Visir es envidiable. Comen cuanto quieren, no pasan frío, no trabajan, disfrutan entre ellas de muchos ocios, tejiendo flores, bordando sedas, y son felices. Cuando vuestro velero toque en Islandia, subirán a bordo muchas mujeres, como es costumbre. Son las jóvenes y bonitas que aun no han enmaridado. Fijaos bien, mi capitán... Vos os ponéis enfermo antes de llegar, y yo, como primer contramaestre, doy orden de levar anclas, alegando que vamos a otra cala cercana. Conozco la mejor ruta para evitar el paso entre la Inglaterra y los Países Bajos... Anclaríamos en bahía isleña de Cerdeña, y allá una galeota turca recogería nuestra carga, y

recibiríais cincuenta mil florines. Un palacio en isla griega, los mejores vinos y manjares, y todo para dar vida feliz a cincuenta pobrecillas que malviven, malcomen y muchas mueren afamadas y desesperadas en vuestra isla.

Olaf Hogni iba apilando montones de a diez. Dijo:

—Con esto me basta para comprar las corraleras de la vieja Ilse Norge. Vais a colgar de mi palo mayor, Piotr Grymka.

Retrocedió el ruso, sonriendo siniestramente.

—A ello me expuse, capitán Hogni, pero vos no tardaréis en seguirme al infierno. El Gran Visir sabe ya que estoy a vuestro bordo. Si muero, moriréis.

—Esta nave no es mía.

—Que vuestro segundo contramaestre la mande en viaje de regreso.

—Me maldecirán los niños, y mi renombre igualará al del infame Gosta Framoer.

—En tierra lejana no oiréis las maldiciones, y, en cambio, vos mismo podréis, si se os antoja, comprobar que las mujeres del Gran Visir viven una plácida quietud y engordan risueñas.

Bebió Olaf Hogni, y al terminar hizo una señal al ruso, indicándole la puerta de la cámara.

Tendió Piotr Grymka las manos para recoger los florines, pero sonrió al ver el gesto ávido con el cual Olaf Hogni abrazaba, enarcando busto y manos, los montones de monedas.

Salió, seguro de su triunfo.

Obscurecía ya cuando, a su lado, apoyóse en la balaustrada el capitán islandés.

—Al levar anclas, daréis cincuenta monedas a cada tripulante. Después, haced rumbo hacia el Mediterráneo.

Capítulo II

FIESTA EN MONTEMAR

Alicia de Montemar esperaba ansiosamente la llegada del que hallábase en conversación con su hermana Altiera y Ugo Paolo Renzo[1]. No era ya solamente el hombre amado quien venía a declararle su pasión con frases encendidas y respetuoso comedimiento, sino que era el Héroe, el superhombre aclamado por Ajaccio como el salvador de la ciudad asediada.

Si bien levemente decepcionada, no por ello acogió con menos agrado la siempre agradable presencia de su hermana mayor, que hacía las veces de la difunta madre.

Altiera de Montemar sentóse junto a su hermana, enlazando sus hombros.

—Arduo es lo que he de decirte, Alicia.

Un súbito empalidecimiento blanqueó las sonrosadas mejillas de la hermana menor. Pero rápidamente la tranquilizaron las primeras palabras de Altiera.

—No afecta en nada a tu prometido, Alicia. Sigue Dago Corsi amándote con rendida devoción inquebrantable. Pero... ten valor y atiende a mis explicaciones, que quisiera fueran lo suficientemente elocuentes para dilucidar el extraño caso ante el que nos vemos. Digo que nos vemos ante rareza especialísima, porque tu bienestar me afecta como personal, y tu decisión quisiera brotara espontáneamente.

—Grave es el exordio, madrecita bonita—sonrió Alicia.

—Y bien quisiera no hablarte con tal gravedad, si no fuera porque la ocasión lo requiere. Tal es mi desconcierto, Alicia querida, que hasta mención te haré de la lectura que con tanta frecuencia nuestro padre nos hacía todas las noches tras cenar.

—La maravillosa Historia Sagrada.

—Sí. Y en ella aprendimos muchas cosas. Entre otras, que la suerte del hombre quedó decidida el día en que Eva tentó a Adán a comer la manzana prohibida. La enseñanza que de ello inferimos quedó muy grabada en nuestras mentes.

—Eva marcaba el destino del hombre.

—Y desde aquellos remotos tiempos las cosas no han variado. En tus manos está, Alicia, la salvación de Córcega.

—No te comprendo...

—Imagina, Alicia, que tu prometido fuera el verdadero Dago Corsi…

—Bien sabemos tú y yo, al igual que “Faciatosta”, que es un alegre caballero español el que suplantó a Dago estrangulado, valiéndose de su exacto parecido.

—Pero suponiendo que Dago no hubiera sido estrangulado, que viviera, que mientras Luys Gallardo se hallase ante pirata turco para arrebatarle sus naves, aquí hubiera venido Dago, sabedor de la suplantación, y que, realmente enamorado de ti, no hubiera pensado en vengarse, ni revelar nada hasta que reapareciera Luys, que es su hermano…

Interrumpióse Altiera de Montemar, porque parecía que ante aquellas revelaciones su hermana iba a desvanecerse.

Una extraña sonrisa se dibujó en los labios mórbidos e infantiles de la adolescente.

—No temas, Altiera. No tendrás que acudir a las sales para devolverme los sentidos. Quiero ser como tú, una Montemar, que sabe cumplir con su deber. Tú te casas con “Faciatosta” con afecto y devoción, pero tu alma suspira por… el trovador. Le adiviné… Lo haces para bien de nuestra patria. ¿Yo seré menos que tú? ¡Quiero al hombre que, siendo salvaje para los demás supo para mí ser respetuoso y bueno! Y comprendo tu alusión a nuestras lecturas. Debo ser la Eva que procure mejorar y conservar por el camino del bien a Dago. No hay, pues, en mí ningún sacrificio. Explícame lo sucedido.

Tranquilizada, Altiera narró cuanto acababa de explicarle Luys Gallardo, y adujo también las razones que éste presentó.

Y terminó:

—Es, pues, en tus manos que está el hacer de Dago, el Diablo Corso, un hombre feliz que servirá fiel y noblemente los destinos de Córcega.

—Puedes llamarlo. ¿Y el trovador?

—Partirá apenas oiga mi voz llamando a su hermano. Emprende nuevos rumbos lejos de Ajaccio.

Quedóse sola Alicia de Montemar. En algo había mentido a su hermana: en ocultarle el temor y a la vez el orgullo que le producía que el bandolero que antes se proclamó soberbiamente Rey de Córcega, y que no respetaba a nada ni a nadie, estuviera anhelosamente esperando su respuesta.

Seguía sintiendo un agradable temor, cuando en el umbral de la sala enmarcóse la recia figura esbelta, pero atlética, de Dago Corsi.

El Diablo, al influjo de una vehemente emoción, tenía en sus

rasgos faciales, de costumbre duros, la suavización que en todo enamorado produce el verse ante la mujer amada.

—Pasad, messer—invitó ella, afirmando la voz.

—Con vuestro permiso, madona—replicó él, avanzando casi con timidez.

—Sé por mi hermana, la condesa Altiera, que tenéis la gran e inesperada fortuna de no hallaros solo en el mundo, puesto que el caballero Gallardo es vuestro hermano.

—¡Y, como él, de cuna español, sabré ser caballero, madona¡… —proclamó, impetuosamente, Dago.

—Pero vuestro corazón y vuestro brazo…

—¡Enteros a vuestras plantas!

—Córcega ya no es vuestra patria.

—Lo es, porque en ella os conocí, y de ella y vos la dicha espero.

Señaló ella un sitio a su lado, y por espacio de largo tiempo permanecieron en silencio, más elocuente que cualquier palabra.

Y como si resumieran un mental acuerdo, dijo ella:

—Montemar está de fiesta, Dago. Van a celebrar conjuntamente el triunfo sobre el invasor y el enlace de Montemar con nuestro bravo “Faciatosta”. ¿Queréis que…?

Arrodillóse Dago, y su frente inclinada se posó en la diestra femenina, que acababa de asir.



—*Mandad en mí, Alicia.*

—Mandad en mí, Alicia. Soy inmensamente feliz, y yo que todo lo creí posible; yo, el soberbio, tiemblo de temor de soñar. No merezco… no merezco que vos seáis mi esposa.

—Con gran orgullo…, con toda mi alma, os declaro que mi felicidad depende de ser vuestra esposa.

Y por el castillo fueron propagando los heraldos que al término de seis días las almenas de Montemar lanzarían al viento, a través de los bronces de los clarines, la fausta noticia del matrimonio de las dos condesas de Montemar con los héroes de Córcega: Dago

Corsi y “Faciatosta”.

El sombrío y taciturno Diablo Corso habíase transformado. Era un hombre que, en continuo éxtasis, vivía la prometida existencia que su hermano habíale hecho presentir: la del que por fin halló hogar.

* * *

Quedaron como huéspedes de honor del castillo de Montemar los dos salvadores de Córcega. Y fué al segundo día, cuando “Faciatosta”, a solas con su antiguo enemigo, insinuó:

—No quiero aguaros el bienestar, Dago, Pero ambos nos hemos olvidado de nuestro deber. Yo, atender los asuntos de mi cargo..., y vos, recordar que Luys espera a irse a que vos recojáis el mando de vuestros hombres, desperdigados por la gruta de Anfítrite.

—Estamos ambos en contacto por mensajes que nos lleva el propio capitán Giovan Fierro. Y Luys consiente en retardar su partida hasta que... sea yo el esposo de Alicia. Mientras, él sigue siendo para los demás Dago Corsi. Dice que sería un egoísta si me privara de poder vivir quietamente durante estos días, que califica de plenilunio, y en que Montemar festeja el triunfo de las armas y el triunfo de Eva.

* * *

El individuo, rechoncho y macizo, carirredondo y velludo, parecía la viva estatua de la voluptuosa pereza.

Extendido boca arriba sobre la playa, cruzaba las piernas en alto, bailoteando la que cabalgaba, y con la nuca apoyada en sus entrelazadas manos canturreaba indolentemente.

Bembo “Camorra” era feliz, porque su labor de cocinero y escudero le dejaba muchas horas de reposo.

El sol era tamizado por las varias telas que, cosidas entre sí, y suspendidas de palos clavados en la arena, formaban un dosel que resguardaba del ardor de los rayos solares.

El espectáculo panorámico del intenso azul de la bahía, cuyas quietas aguas bañaban la costa de Ajaccio; los encajes de rocas que formaban la gigantesca gruta de Anfítrite cercana, todo era asombrosamente maravilloso, al igual que el velero anclado.

Pero el vagabundo piamontés, que llevaba ya larga permanencia allí, era insensible a las naturales bellezas, estimando tan sólo la artística sensación que experimentaba ante una fuente bien provista de manjares adecuadamente condimentados.

Digería el copioso desayuno, y para él era un derroche baldío de energías la diversión a la cual se dedicaban en el mar dos hombres.

Luys Gallardo y Truand Lascar nadaban con vigorosas brazadas, sin, meta ni propósito.

Para el piamontés aquellos caracteres de hombres que, constantemente rodeados de peligros, hallaban diversión en nadar en vez de permanecer quietamente tumbados mientras la aparente calma reinaba, eran completamente incomprensibles.

Pensaba en Delfín Lechuga, que, contrariado desde la partida de la cautivante francesa, vagabundeaba por Ajaccio. En Dom Corpacho, que, con su lobo, aparecía y desaparecía misteriosamente...

En Dago, el verdadero Diablo Corso, que ahora, al parecer, reposaba, embriagado en dulce amor, allá en el castillo que había sido testigo de feroces combates.

En los ocultos huéspedes del velero, el gascón del loro y la rubia germana. Y la española del agradable aspecto, que esperaba siempre con no disimulado placer la llegada de Truand Lascar.

Y las tres galeotas que en el puerto de Ajaccio contenían remeros de todas razas...

Una turba de hombres de azarosa existencia que el Destino había reunido en Córcega, con sus amores, sus pasiones, sus ansias insatisfechas. Tal vez el más alegre era Luys Gallardo, enamorado de todas y de ninguna, al pensar de su escudero.

Para Bembo el porvenir era de nuevo risueño. Su amo había decidido alejarse de Córcega, isla demasiado sangrienta al gusto del piamontés.

Partir con nuevos rumbos, en que volvería a ser el galante aventurero, presto a defender amores contrariados. Y el velero era amorosamente contemplado por Bembo, porque era cuna prometedora de futura tranquilidad. Como un lagarto gigantesco, Bembo “Camorra” rodó a un lado, al llegar junto a él, uno de los bandidos que acababan de surgir de la gruta.

—A la orden, mi señor—dijo el hombre, saludando disciplinadamente.

Bembo, el cobardón, gozaba intensamente al verse temido por los feroces bandoleros de Dago Corsi.

Giró los ojos en sus órbitas, en mueca torva.

—¿Qué pasa, vil malandrín?

—Ha llegado, mi señor, el emisario espía que partió a Genova.

La mención de la república enemiga provocaba en todos los corsos la misma reacción poco limpia. Como si les manchara la

garganta el pronunciar las sílabas de la poderosa república enemiga, escupían...

Bembo, con lentos movimientos, se puso en pie, adivinándose que no lo hacía muy a gusto.

—¡Desaparece, borrego!—rugió—. Ya le comunicaré a nuestro amo la novedad.

Poco después, salían del agua Luys Gallardo y Truand Lascar.

Truand Lascar vistióse con parsimonia de hombre que concede a su atuendo gran atención.

Luys Gallardo, envuelta la cintura en larga y ancha faja, que ocultaba la carencia de cicatrices que hubiera podido revelar que no era el Diablo Corso, procedió a secarse vigorosamente con uno de los sacos que arrancó del toldo improvisado por Bembo.

—Ha llegado el espía que fué a Génova, mi amo —anunció Bembo, escupiendo con vigor,

Luys Gallardo enarcó una ceja, y su diestra asió por la garganta al piamontés.

—No debes tomarte tan en serio tu papel de "Camorra", mostrenco. Aquí estamos tú y yo solos. Y me da fatiga el tratar con gente poco fina. ¿Te enteras, buñuelo?

Bembo opinaba que su ídolo tenía algunas bromas algo recias.

—Es que se me olvida quién soy, mi amo—reconoció, compungido.

Le soltó, íntimamente divertido, el trovador.

Ajustábase poco después el cinto, quedando las dagas entrecruzadas a su espalda. Apoyó las manos en los riñones.

Su mirada penetrante, fija en Bembo, hizo que éste tragara saliva.

—Llevo unos días sin practicar, valentón. No te muevas... y reza...

Bembo cerró los ojos, se petrificó, y sus labios murmuraron incoherencias que podían ser plegarias o maldiciones por servir a gusto al que a ratos más tenía de loco peligroso, que de trovador gentil...

Una tras otra, tres dagas centellearon, clavándose vibrantes en los varios palos que sostenían el dosel de sacos, derrumbando el toldo sobre la cabeza del escudero.

En su viaje desde la diestra y zurda del trovador, hasta los palos, los tres aceros silbaron agudamente, rozando los costados de Bembo.

—Bien; progresas, matamoros. Debes ir acostumbrándote a la idea de que un día u otro morirás prematuramente, Bembo imbécil,

ya que prefieres persistir en ser mi escudero.

—Yo, contigo, mi amo..., no me importa morir— dijo el piamontés, yendo a recoger las tres dagas, después de desembarazarse de los sacos.

—Mejor es vivir. Trae la pitanza, y a la vez que venga el reptil que abrió los ojos y oídos en Genova... ¡Sin escupir, bellaco!

Lo que narró el espía ante Luys Gallardo y Truand Lascar había costado la vida a los otros tres que le acompañaron en su difícil misión. El superviviente hizo un relato fidedigno, de lo sucedido en su seguimiento de la cautivadora Viviane d'Aurigny, hasta el privado lugar de reunión con el principal agente genovés de la Banca de San Jorge, el cauto y hábil Barnabó Lieto.

Fuése a una hosca señal del que identificaba al jefe de los Hermanos Corsos.

—¿Cómo resolverás este difícil negocio de la guirnalda venenosa, capitán?—sonrió Truand Lascar—. Tal vez convendría llamar a Dago, que es menos trovador que tú...

—Está de fiesta. Dejémosle, porque pocas fiestas hubo hasta hoy en su vivir. Ya meditaremos cuando el caso llegue. Tal es mi lema: ver y actuar.

Capítulo III

TARDÍO ARREPENTIMIENTO

Olaf Hogni bebía con ritmo creciente a medida que el "Saga" abandonaba sus habituales rutas.

Piotr Grymka, era el verdadero amo a bordo, alegando supuesta enfermedad del capitán.

Los cincuenta florines que cada tripulante había recibido al levar anclas, alejándose del puerto islandés, habían surtido efecto.

Ellos se desentendían de cuanto sucedía. A bordo no había más que una autoridad, y en cuanto a las que, raptadas alevosamente, yacían mareadas en el fondo de las calas, era carga de la cual se hacía responsable el capitán.

Piotr Grymka había determinado que, arrojando por la escotilla al fondo de la cala galleta seca, agua en odres y tasajo, quedaba suficientemente asegurado el cargamento.

Desde que Olaf Hogni había aceptado la infame proposición, el mutismo del islandés habíase acrecentado.

El ruso seguía entreteniéndole con narraciones amenas. Pero el islandés bebía incesantemente..., hasta caer ebrio y sin sentido.

Cuando despertaba, poníase a contar de nuevo las monedas de oro que después del reparto habían quedado...

Y asi, día tras día, noche tras noche.

Cambiaron los movimientos del bajel. En vez de un pronunciado cabeceo y balanceo, ahora casi parecía inmóvil por contraste.

—El Mediteráneo, capitán—vino a anunciar cierta noche Grymka, sentándose ya familiarmente y bebiendo ron caliente.

Olaf Hogni asintió con una cabezada, en la que se notaba la incipiente influencia de la bebida.

Y de pronto rompió a hablar con voz extraña:

—¿Cuántas mujeres, Piotr Grymka?

—Exactamente cincuenta y seis, capitán.

—¿Hiciste lista?

—Sí.

—¿Saben a dónde van?

—He preferido aún callarlo, capitán.

—¿Qué creen?

— No creen nada.

—Quiero ver los nombres.

Extrajo el eslavo un pergamino doblado, donde con tosca letra gruesa había ido escribiendo los dificilísimos nombres femeninos.

Recorrió Olaf Hogni la lista con ojos acuosos. Estremecióse de pronto, y lo atribuyó el ruso a una ráfaga que acababa de soplar. Levantóse para cerrar el portalón de la cámara.

—¿Han preguntado por mí?

—Les dije que estabais enfermo, capitán,

—¿Lloran?

—Insensibles parecen. Son valientes... y algunas muy bellas.

—Atento a lo que te digo, ruso maldito... Si te atreves tan sólo a rozar con tu aliento…

—No os pongáis dramático, capitán. No son para mí mujeres, sino valioso botín.

—¿Dónde me pagarán los cincuenta mil florines?

—Pronto llegaremos, capitán.

—¿Temes por tu vida?

—Prefiero conservarla, y que vos disfrutéis de rico palacio y bien ganado reposo de rey.

—Eres malvado, Piotr Grymka, y nunca triunfó el mal.

—Eso creía yo antes.

—Vete.

—Como mandéis, capitán.

Exasperado, lanzó Olaf Hogni un jarro contra el ruso, pero el metal se estrelló contra la puerta que a su espalda cerraba Grymka.

Continuó la travesía. Pasaron dos días más.

Un amanecer salió por primera vez a cubierta Olaf Hogni. El, siempre pulcro y limpio, ostentaba manchas y suciedad en ropas y manos.

Su rostro demacrado estaba espantosamente lívido...

Dirigióse con paso vacilante hacia la cala. Le cerró el camino Piotr Grymka.

—A la vista la isla de Menorca, capitán.

—¿Y qué con ello?

—Rondan bereberes piratas.

—Amigos tuyos son.

—Pero estar alerta hasta dejar atrás la isla es lo que vos ordenaréis para bien de todos, capitán.

Como un pelele sin voluntad, repitió Hogni las instruciones del ruso.

De pronto, su puño disparóse contundente, alcanzando de lleno en la nariz de Grymka.

Como un buey abatido, cayó pesadamente el eslavo.

—Grilletes y a mi cámara…—ordenó fríamente Olaf Hogni.

Entre cuatro tripulantes, colgantes brazos y piernas, fué transportado el enviado del Gran Visir.

No sabía el islandés si era efecto de la suave brisa del mar azul, pero lo cierto era que, aspirando a fondo, sentía que iba perdiendo todo el lastre de sus remordimientos.

Miró de nuevo la lista, deteniéndose en un nombre: Beryl Dorst.

Y en vez del pergamino veía unos rubios cabellos de seda, unos labios carnosos y pueriles, unos grandes ojos de un azul tan claro que parecían flores de las nevadas cimas, impolutas y vírgenes.

Con paso firme acercóse a la cala, abrió la puerta, levantando los pesados barrotes que la cerraban desde fuera, y, descendiendo las escaleras, fué dominando la emoción que le producía divisar las actitudes de fatalismo desesperado que había en todas cuantas yacían en silencio, mirándole sin reproche, con indiferencia.

Se detuvo Olaf Hogni ante una de las que le contemplaban como si lo vieran por primera vez.

—¿Te encuentras mal, Beryl?

La pregunta no era un sarcasmo.

—¿Y tú, Olaf?

La réplica de ella tampoco contenía reproche.

—He estado muy enfermo, Beryl. Muy enfermo.

—Eso nos decía el hombre que te substituía en el mando, Olaf.

—¿Quieres subir a cubierta conmigo, Beryl?

—No.

—¿Por qué?

En la voz de ella no había sequedad, ni tampoco en la de él exigencia.

—El vil enano maléfico debió enfermarte, Olaf. Tú eras frío y adusto, pero nunca fuiste malo. Déjame con mis amigas, Olaf. Vuelve a cerrar la puerta de nuestra cárcel flotante.

—Eres libre; sois libres… ¡Miradme!—Y, golpeándose el pecho con repentina furia, cayó de rodillas el islandés. —Yo soy el enano vil que sucumbió al brillo del ero.

La actitud vehemente y apasionada del siempre frío y distante Olaf Hogni no parecía impresionar sobremanera a las yacentes raptadas.

En su mayoría, pensaban tan sólo que, habiendo subido a bordo confiadas, según acostumbraban hacerlo en naves capitaneadas por sus compatriotas, viéronse de pronto aprisionadas en aquel estrecho y maloliente recinto, destinado a guardar ganado y mercancías.

No odiaban a Olaf Hogni, porque un marino, tarde o temprano,

cometa fechorías de las que no es responsable sino el brujo del mar que desarregla los cerebros.

Pero Beryl Dorst, tal vez porque hacía ya mucho tiempo que sentíase inclinada a sentimental preferencia hacia Olaf Hogni, trató de esclarecer las cosas.

—Si el mal arrebato pasó, Olaf, dime cuáles son ahora tus propósitos.

—Ordenaré virar el rumbo y regresar a nuestra tierra.

—Tus navieros te encarcelarán.

—Mejor es morir entre rejas, pero limpio de conciencia, a seguir viviendo libre de cuerpo, pero enfermo de alma.

—Vuelves, pues, a ser el honesto capitán Hogni —dijo, sentenciosamente, la rubia islandesa.

Levantóse el capitán para, con los brazos abiertos, como en elocuente ademán de súplica, decir:

—Perdonadme, mujeres de mi isla. El oro me embriagó, pero el gigante del genio bueno me ha protegido hoy, devolviéndome la razón.

Y cuando abandonó la cala seguido por la mirada comprensiva de las más, y la acariciante de Beryl Dorst, Olaf Hogni sentíase redimido.

Ordenó al segundo contramaestre virar en redondo y seguir en sentido inverso el camino hasta entonces navegado.

En la cámara, encadenado pesadamente, Piotr Grymka miró aviesamente al capitán.

—¿Os habéis vuelto loco, Hogni?

—He recuperado mi juicio, que tú enturbiaste.

—¿Qué os proponéis?

—Regresar.

—Os exigirán cuentas, os quitarán el mando, y os pudriréis en mazmorra.

—Nada me detiene.

—Y conmigo..., ¿qué sucederá?

Olaf Hogni sintióse propenso a un humor fúnebre.

—Pudrirás a mi lado en mazmorra.

—Pensadlo bien, capitán...

—Pensado está, y nada puede ya hacerme variar de idea.

Pero el islandés no imaginaba que acechaban su nave los piratas de la galeota del temible Sidi Abbes, “El Argelino”.

Capítulo IV

SABER, NO OCUPA LUGAR

Al dirigirse hacia el velero, Luys Gallardo señaló la larga pasarela que unía la playa con la borda.

—Cuando termine la fiesta en Montemar, y sea levantada esta pasarela, necesitaré a bordo un experto capitán de mar.

—Lo tengo ya.

—¡Mosca!... Activo eres, amigo. ¿Y quién es el elegido?

—Uno que al remo estaba. Te lo presentaré al mediodía. Lo están acicalando y devolviéndole a la alegría de ser hombre libre mis bretones.

—Fío en tu elección. Queda la tripulación, que, como te dije, la quiero lo más estricta posible.

—Ocho hombres de maniobra, elegidos por tu futuro lugarteniente de mar. Y en cuanto a buenos brazos, allí están los "compinches" de Bruyant, que, según les ha comunicado éste, repitiendo palabras de su muy sabio abuelo, "el saber, no ocupa lugar".

Rieron ambos a la mención del pintoresco gascón. Continuó Lascar:

—Tanto es así, que el loro está recibiendo de boca de su amo lecciones de purísimo italiano. Bruyant te ha cogido gran simpatía, y puede serte eficaz ayuda en tus correrías, porque él y sus hombres dominan a la perfección el arte de custodiar espaldas sin ser vistos ni por el propio custodiado. Y tal vez las dotes estratégicas de Erika Von Merck puedan también servirte..

* * *

En la cámara del velero, Bruyant Lartiguers, ya repuesto de su herida, aguardaba la llegada de las dos mujeres que procedían a su arreglo en el camarote que compartían.

Mientras, teniendo ante él, encima de la mesa, a "Coclicó", dedicábase a repetirle en italiano las variadas frases que con una palabra-clave, en el momento oportuno, para distender nervios y peligros, soltaba el pajarraco con ronca voz estrepitosa.

—¡Vino para un valiente!

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

—¡Señora, aquí estamos dos valientes!

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!

El loro iba murmurando algunas palabras, agitando con impaciencia las alas, al recibir en la cresta pescozones de su profesor.

Abrióse la puerta de la cámara y apareció Erika Von Merck, la hija de “Sans Merci”, que había hallado refugio a bordo del velero.

Bruyant Lartiguers se puso en pie, inclinó el busto y parodió una reverencia cortesana.

—Se disipan las tinieblas, señora, y con vos entra el sol en mi alma, al divisar vuestra radiante hermosura. ¿Qué? ¿Me refino o no en compañía del galante español?

—Buena falta te hace, Bruyant—dijo ella sentándose, mientras el loro, encrespadas las plumas del cogote, revoloteaba alejándose—. Creo que tu “Coclicó” siente celos de mí. Y ya que de ello hablo, Bruyant, tengo que exponerte una queja…

—Soy todo orejas, amor mío.

—Me has jurado amor eterno, pero, conociéndote ya, sé que eres voluble y que todas te atraen.

—Tú eres la reina de mi corazón y de mi pensamiento.

—Me halagan tus frases—siguió conversando en francés ella—, pero no quiero engañarme. Yo te quiero con toda la fuerza de un primer y único amor, Bruyant. No puedo tolerar que cortejes a otra mujer… Podría ser peligrosa, Bruyant, y al igual que ofrecí mi vida por salvar la tuya, podría quitártela antes que verme abandonada…

—No pensemos en tétricos imposibles—rió el gascón—. Olvida que fuiste el condotiero del casco enrejado, y te adoro, cuando eres simplemente una mujercita amante…

—¿Y la amistad, Bruyant?

—¿Qué amistad?

—No finjas ignorancia. Bien sabes a qué me refiero desde un principio.

—El saber no ocupa lugar, decía mi abuelo. Instrúyeme.

—La española.

—¿Angustias? Es la prometida de Truand.

—Precisamente por eso. Considero desleal las ojeadas que le dedicas a ella, en mi ausencia y la de Truand. No me gusta espiar, pero te he visto.

—Es un homenaje para ti. Miro a todas, pero sólo tú me deslumbras.

—Yo tal vez, porque te amo, sea paciente. Pero… Truand es frío y flemático. Puede estallar.

—¡Bah! Es un buen conpinche mío. No hay peligro. Sabe que yo no soy un zopenco "robanovias".

Minutos después entraba en la cámara Luys Gallardo, que, risueño, anunció:

—Perdonad, señora, que os prive de la inmejorable compañía de Bruyant, que es requerido por su amigo Truand, que en cubierta le espera.

Erika Von Merck dominó su inquietud, viendo salir al gascón.

En cubierta, Truand Lascar saludó jovialmente al bandolero:

—Hola, talento.

—Salve, almirante. ¿Querías hablarme privadamente?

—Sí. Creo que sostienes la gran máxima de que el saber no ocupa lugar. Tus compinches van instruyéndose en el arte de navegar. ¿Por qué no te instruyes tú en el arte de dedicarte a una sola dama?

Puso el gascón rostro de inocencia.

—En este arte me estoy especializando.

—Pero deberé ayudarte, porque no haces progresos. Tengo en cuenta que recibiste una educación escasa, pero la galantería y el decoro de hombre cabal exigen que, por consideración a Erika, no lances apasionadas miradas a mi dama. Segundo: por amistad, debieras pensar en mí. Y tercero: tengo entendido que te gustaría saber el secreto de mi golpe favorito.

Y tecleó el bretón con los dedos sobre su frente. Sonreía, pero, al igual que el gascón, miraba con dureza.

—Saber no ocupa lugar, almirante.

—Si todas las noches inundas tu frente en el espacio superior de las cejas con una mezcla de vinagre y sal, adquirirás una callosidad, que, azotándola con paños húmedos, tendrá la reciedumbre de un pellejo curtido. ¿Has entendido?

—Todas las noches lo haré.

—Al proyectar tu frente… así…

El bretón distendióse hacia adelante, y su frente asestó cabezazo violento dirigido al rostro del gascón.

Pero Bruyant Lartiguers, ágilmente, logró esquivar, saltando hacia atrás. Los dos hombres quedaron distanciados, riendo…

—Procura que el golpe sea breve—explicó el marino—. De lo contrario, tú mismo te perjudicarías. Y si no quieres lecciones prácticas, procura olvidar que Angustias es una mujer, ya que es mi prometida.

—¡Haberlo sabido, hombre!—mintió el bandolero.

—Tu descaro es tan sublime, que alcanza cumbres de genialidad.

Pero, de ser posible, resérvate para tus próximas andanzas. Ahora estás convaleciente.

—De acuerdo, compinche. ¿Sin rencor?

—Sin rencor.

—Sigue dándome, pues, instrucciones referente a tu cabezazo.

Y mientras los veinte bandoleros de Bruyant atendían las explicaciones de un bretón que les enseñaba el madejo de velas y cabos, Truand Lascar y Bruyant Lartiguers discutían muy seriamente sobre los medios más eficaces para convertir la frente en instrumento contundente de lucha.

Capítulo V

LOS OCIOS DEL PIRATA

Sidi Abbes, “El Argelino”, no obedecía a más señor que su propia voluntad. Magro el aguileño rostro moreno, ardientes los sensuales ojos, estimaba que en la existencia del que había llegado a ser como él, un poderoso pirata con nave propia, bastaban para colmarla, buenos manjares y regalado reposo.

No se exponía ya inútilmente. Su galeota de diez bancos y cuatro bombardas, anclaba generalmente en un desierto paraje al sur de la isla menorquina.

Y desde que en el horizonte aparecían las primeras sombras del crepúsculo, Sidi Abbes, tendiéndose en su litera fastuosamente recubierta de pieles, y desde la cual dominaba cubierta y mar, llamaba con señal convenida a la esclava Lalla, su favorita.

Lalla era menuda y grácil. Su voz era melodiosa. Y no se cansaba de narrar. De vez en cuando, sin interrumpir el hilo de su relato, tendía a su dueño fuente con dátiles, naranjas o jarro con dulce vino

—Esta noche, mi señor—empezó diciendo la esclava—, os narraré lo que le sucedió a Ariobarzanes, senescal del rey de Persia.

Con cabezada solemne, dió Sidi Abbes su aprobación.

Lalla depositó en un gran pebetero raíces perfumadas, prendió fuego, y a medida que las volutas de humo iban elevándose, ella, acuclillada, fué relatando :

—“Érase, en el que fué reino de Persia, un rey llamado Artajerjes, varón de ánimo elevadísimo y sobremanera adiestrado en las armas.

”Éste fué aquel que en sus verdes años, según refieren los anales persas, y siendo aún soldado, pues no había obtenido grado alguno en la carrera de las armas, dió muerte a Artanán, último rey de los arsacidas, bajo cuyo mando militaba.

”Y el que restituyó a los persas el dominio de la Persia, sometida al poder de los macedonios por espacio de quinientos años, desde la muerte de Darío, derrotado por Alejandro Magno.

”Dicho Artajerjes fué coronado por su pueblo rey de Persia, después que hubo libertado esta tierra, y allí estableció una corte famosa, por su magnificencia y por los actos de memorable virtud que en ella se presenciaban.

”Y conducíase el rey espléndidamente en todos sus rasgos, lo

cual, además de sus títulos gloriosamente ganados en muchas acciones de guerra, le daba fama, lograda en todo el Oriente, de ser el más liberal y magnánimo príncipe que reinaba en aquella época.

”En sus convites, un nuevo Lúculo, pues honraba grandemente a todos cuantos forasteros le visitaban en su corte.

”Tenía este rey en su palacio a cierto senescal llamado Ariobarzanes, cuyo ministerio consistía en presidir, montado en un corcel blanco y empuñando una maza de oro, la comitiva de pajes y escuderos que, cada vez que el rey hacía un público convite, llevaban las suculentas viandas en áurea vajilla, cubiertos con finísimos paños de oro y seda, bellísimamente labrados y pespuntados.

”Este oficio de senescal era tenido en gran estima, y se otorgaba generalmente a alguno de los primeros varones del reino.

”Por tal motivo, lo desempeñaba entonces el nombrado Ariobarzanes, pues, sobre que era de linaje clarísimo y noble y su riqueza tan opulenta que casi no se conocía otra igual en el reino, alcanzaba justo renombre y prestigio de caballero liberal y cortés en extremo, como no había otro semejante en la corte.

”Y a tal punto llevaba su magnanimidad y tan sin medida gastaba de sus bienes, que en ciertos casos, olvidando el justo medio en el cual toda virtud consiste, e inclinándose al opuesto extremo, incurría en el vicio de la prodigalidad.

”Este exceso y su consecuente soberbia le ponían a menudo en empeño de querer, no solamente parangonarse con el rey en obras de generosidad y cortesía, sino, también en querer aventajarle y vencerle.

”Un día, pues, mandó el rey que le trajeran su juego de ajedrez, e invitó a Ariobarzanes a jugar con él una partida. En aquel tiempo era este juego tenido entre los persas como ejercicio de gran valor, y, un buen jugador de escaques era estimado tal como estimamos hoy a un diestro discutidor en puntos de humanidades o materias filosóficas.

”Sentado el rey y el senescal, uno frente a otro, teniendo intermedia una mesa de la sala real, comenzaron su partida en presencia de gran número de personajes, que seguían el juego con interesado y religioso silencio, y ambos se empezaron a estrechar mutuamente, aplicando todo el saber y ahinco de que disponían.

”Ariobarzanes, ya porque fuese mejor jugador que el rey, ya porque éste se distrajera después de las primeras jugadas, ya por cualquier otro motivo, redujo a su adversario al extremo de no poder evitar el jaque mate que se venía imprescindiblemente en dos

jugadas.

”Advirtiólo el monarca, y considerando entonces el riesgo en que le ponía la inminencia del jaque mate, púsose vivamente encendido y comenzó a estudiar con gran pausa si le quedaba arbitrio para esquivar el jaque.

”Manifestaba, además del encendido color de su cara, con movimientos de cabeza, suspiros y otras análogas señales, cuánto le dolía verse puesto en tal extremo delante de los más selectos caballeros de su corte.”

* * *

Siddi Abbes levantó la afilada diestra nervuda:

—No prosigas, Lalla. No puede en modo alguno interesarme relato en que un vasallo se atreva a pretender rivalizar en destreza con su rey. Elige otra narración con más tino.

—Preparada os tenía otra, mi señor, aunque esta del senescal demostraba que, a la larga, nadie puede vencer al dueño.

—Por sabido lo tengo, y nada, pues, aprendería. Además, bien sabes, Lalla, que si en tus relatos no aparecen mujeres, me aburro.

La esclava tendió al pirata argelino un jarro conteniendo vino de pasas, y concentrándose, empezó otro relato:

—Valencia, la de España, es una hermosa y nobilísima ciudad, cuyas mujeres, al decir de los muchos mercaderes, son muy bellas y graciosas, y tan diestras en tender sus redes a los hombres, que en toda España no se encuentra otro más grato centro de amor y de placeres.

”Y si por acaso cae en sus manos algún mancebo no muy experto, con tan buena maña saben rasurarlo, que ni las mismas sicilianas son más hábiles y astutas rapadoras.”

Volvió el pirata a alzar la mano:

—Desafortunada estás hoy, Lalla—dijo severamente—. No puede nunca la mujer someter al hombre, sino que debe ser su sumisa esclava.

—Sucede en la España mi relato, mi señor.

—Aunque así sea. Los españoles tienen mucha sangre árabe para tolerar que allá las mujeres dominen. Te doy una tercera oportunidad, y si tu relato no me place, prescindiré de ti, arrojándote al agua.

La esclava titubeó unos instantes, para hallar fórmula con que halagar al tirano.

—Narraciones que de mi imaginación nacen, mi señor, son consuelo con el que, sabedora de que siempre el hombre es

vencedor, finjo creer que alguna que otra vez manda la mujer. Permíteme que le relate lo mucho que sufrió un caballero español para lograr el amor de su elegida.

—Si al fin lo logró, cuéntame sus sufrimientos.

—“En cierto castillo de España, cerca de los montes Pirineos, habitaba, no ha muchos años, una viuda, cuyo difunto marido, de nobilísima sangre, era natural de aquel país.

”Tenía, de su matrimonio, una hija única de notable gracia y belleza, la cual vivía en su compañía rodeada de mil cuidados.

”Esta doncella era conocida por todo el mundo con el nombre de Ginebra, “La Blonda”, a causa de tener el cabello tan extremadamente rubio, que parecía de hebras de oro, muy bruñido y terso.

”A media jornada del lugar donde habitaba Ginebra, "La Blonda”, existía otro castillo, propio de un caballero joven, huérfano también de padre, y cuya madre le había tenido largo tiempo en Barcelona para que se instruyese en las letras y juntamente en los usos civiles y corteses dignos de un hombre bien nacido.

”Así se había hecho él un mozo de gentil crianza, además de muy apuesto, cultivando al propio tiempo que las letras el ejercicio de las armas, con tan notable provecho, que pocos eran los caballeros que pudieran compararsele.

”Dióse a recrearse cazando por aquellas cercanías, ya ciervos o jabalíes, de que estaba lleno todo aquel país, ya, de vez en cuando, algún oso, a cuyo encuentro se dirigía, internándose en la montaña.

”Sucedió, pues, que un día, habiéndose lanzado sus perros en persecución de unas cabras monteses y siguiéndolas él en su carrera, descubrió en el interior de un bosque gran acopio de ciervos, de los cuales uno salió de su escondite y echó a correr delante del caballero.

”Cuatro de los que le acompañaban, montados en buenas cabalgaduras, lanzáronse detrás de su señor, pero su carrera fué muy breve, porque el caballero montaba un brioso caballo español, que, en siguiendo la huida del velocísimo ciervo, se alejó mucho de los suyos.

”Y no podía acertar con el camino, pues era desconocedor de la comarca.

”Y pensando acercarse a su castillo, iba por el contrario, avanzando hacia el de Ginebra, “La Blonda”, la cual, en compañía de su madre y servidores, había salido aquella tarde a cazar liebres, y andaba por los mismos setos que el caballero seguía.

”Y oyó éste las voces que levantaban los del acompañamiento de Ginebra, “La Blonda”, y tomó la dirección de aquel ruido, oyéndole tanto más distinto a medida que avanzaba, bien que como se le alcanzase que los que lo producían no eran los suyos, hallábase perplejo sobre lo que debía hacer.

”Iba ya muy entrada la tarde y el sol descendía dando mayor cuerpo a las sombras, en vista de lo cual, y observando que su caballo apenas podía moverse, tomó don Diego su partido, y para no quedar solo en el bosque, siguió lo mejor que pudo, rastreando, hacia el sitio donde sonaba aquella gritería.

”No bien hubo andado un breve rato, ofrecióse a sus ojos un magnífico, castillo, que se levantaba a la distancia escasa de una legua, y cerca de él vió a una comitiva de mujeres y hombres que acababan de matar a una liebre, y conjeturó que una dama que entre ellos se distinguía, sería la señora del castillo.

”Viendo la dama al caballero, y juzgándole persona de calidad, por lo que anunciaban su caballo y vestidos, y echando de ver que el caballo no podía andar rendido de cansancio, mandó a uno de los de su séquito que se aproximase al jinete para informarle de quién era.

”Enterada de su condición y nombre, dirigióse a su encuentro, haciéndole cortés acogida y mostrósele muy regocijada de aquel hallazgo, así por la buena fama que de él le había llegado, como por respeto a su madre, con la cual tenía establecida muy buena amistad, según es costumbre entre propietarios colindantes.

”La noche se les venía encima, lo cual fué ocasión de que invitaran a don Diego a que se albergase en el castillo, enviando un mensajero a su madre con objeto de advertirle y liberarla del cuidado en que se hubiera puesto no viéndole aquella noche volver a su casa.



Vió a una comitiva de mujeres y hombres...

”Don Diego besó las manos a la madre y a la hija, y aceptó la invitación dándoles gracias por la cortesía que le dispensaban.”

El pirata Sidi Abbes bostezó ostensiblemente, demostrando que la narración le aburría, y miró significativamente el mar y

alternativamente a la narradora.

Pero la esclava no se desconcertó, porque, fatalista, hacía tiempo que habíase conformado a la idea de morir joven.

—¿No os gusta mi relato, mi señor?

—Es pesado.

—Ahora empieza lo interesante.

—Así lo deseo por tu vida. Sigue.

—"He aquí que don Diego, que era un gallardísimo y agraciado mozo, alzó los ojos y se encontró con los de Ginebra, "La Blonda", que en aquel momento le estaba mirando fijamente, y fueron ambas miradas tan fogosas y de tal fuerza, que él de ella y ella de él quedaron tiernamente prendados y el uno del otro prisionero.

"Contemplaba el embelesado mancebo a la hermosa doncella, cuya edad sería de dieciséis a diecisiete años, que cabalgaba gentilmente en una hacanea enjaezada de terciopelo.

"Tenía en la cabeza un sombrero lindamente ataviado, con una pluma sobre el ala, que le cubría parte del cabello, y la otra parte se veía ondeando alrededor del rostro, que enmarcaban dos rizadas guedejas, y parecía decir a quien lo miraba:

"—"Aquí y no en otra parte, ha colocado Amor con las Tres Gracias su propio nido."

"Pendían en sus lindas orejas dos finísimas joyas, y en cada una lucía una preciosa perla.

"Descubríasele la despejada y alta frente, de proporcionado espacio, en medio del cual rutilaba un finísimo diamante engastado en oro, como se ve en el cielo rutilar las estrellas.

"Las cejas, como el ébano, negras y lucientes, arqueadas y formadas de cortos y menudísimos pelos, cubrían y resguardaban, separadas a conveniente distancia, dos ojos seductores, cuyo esplendor de tal manera encendía la vista de quien los miraba, que todo él se sentía arder de fuego voraz.

"Y el que fijamente clavaba en ellos los suyos, bajábalos deslumbrados y ciegos, bien así como sucede al que los fija en el sol ardiente, cuando llamea por julio en mitad del cielo limpio y abrasado.

"Con ellos podía su dueña matar a cualquier viviente, y como quisiera, volver la vida a cualquier muerto."

—Exageraciones absurdas—dijo, interrumpiendo, el pirata.

—Así lo dice la historia, mi señor.

—No he visto ni veré mujer que pueda muertos resucitar.

—Dicen que ese poder tenía Ginebra, "La Blonda".

—Continúa.

—"La perfilada nariz, formada en regular proporción con los otros, rasgos de aquel rostro divino, separaba en iguales partes las rosadas mejillas, cuya viva blancura y honesto carmín las asemejaban a dos sazonadas y deliciosas manzanas.

”La pequeñísima boca se formaba de dos labios, que hechos parecían del más fino y brillante coral, y cuando la niña hablaba o reía, descubríanse dos hileras de orientales perlas, por entre las cuales se vertía tan armonioso y dulce sonido, grato rumor del graciosísimo hablar, que los más groseros e insensibles corazones tenían que rendirse mal a su gusto.

”Pues, ¿y qué decir del trazo lindísimo de la lindísima barba, qué del ebúrneo cuello cándido, qué de los marmóreos hombros y qué del alabastrino pecho, cuyas gracias deliciosas ocultaba ella bajo un sutilísimo velo?

”Aquel pecho virginal, no era elevado en grande exceso, pero, envuelto en celajes de honestidad, harto claro anunciaba todo su encanto, sin alterar las puras y bellas líneas que eran propias de la tierna edad de la doncella.

”E1 resto de su gentil y bien proporcionada persona, fácilmente se adivinaba no ser menos bello, puesto que no se descubría la menor imperfección."

—Todas tus heroínas son hermosísimas y seductoras, Lalla— dijo, con evidente desprecio, el pirata.

—Las feas, mi señor, nunca somos heroínas.

—Tú lo serás, porque a mi servicio estás.

—Sí, mi señor.

—Prosigue, aunque veo el mar muy cercano para ti.

—"Ginebra no caía en la afectación de otras que, por querer darse traza de honestas, se fingen tristes y melancólicas; antes se la veía siempre alegre con discreción, afable, cortés y modesta.

”Rodeábale la enhiesta y blanca garganta una cadenita de oro de sutilísima labor, que pendiéndo-le sobre el pecho seguía la suave ondulación de su seno palpitante.

”E1 vestido era de cendal blanco, todo con sumo gusto y maestría acuchillado, debajo de cuya tela transparente se veía lucir otra de oro.

”Caminaba la comitiva hacia el castillo, y don Diego, observando la costumbre galante del país, colocóse al derecho lado de Ginebra, "La Blonda", llevando las riendas de su caballería."

—Con estas cosas, el hombre pierde el dominio de sus propias riendas—sentenció el pirata argelino. —La mujer sólo tiene una utilidad y un trato. Sigue.

—“Llegados ya al castillo, quiso la madre de Ginebra, “La Blonda”, que el caballero se fuese a reposar, a cuyo fin le hizo acompañar a una cámara ricamente dispuesta, donde aquél se alivió del peso y opresión de las botas.

”La cena se dispuso prontamente, siendo servida en una sala lujosamente adornada.

”A ella condujeron al caballero, quien se encontró con la madre y la hija, que le recibieron con grata y cortés acogida, entreteniéndole además con agradables razonamientos.

”La cena se compuso de varios y delicados manjares, servidos en abundancia, bien que poco de ellos comieron los dos enamorados.”

—No habría vino...—dijo Sidi Abbes.

—Lo había y del mejor, mi señor.

—Donde no hay vino es imposible gustar vianda ninguna que no parezca insípida, y cuanto es mejor el vino, más sabroso y sazonado parece un platillo. Puedes seguir.

—“Concluida la cena, y mientras llegaba la hora de irse a dormir, el caballero siguió platicando a su sabor con su enamorada, no atreviéndose, empero, en ningún momento, a descubrirle su fervoroso amor, sino reduciéndose tan sólo a decirle, en frases de general cortesía, que era servidor suyo y que de ella no podía recibir merced más grande que la de que le mandase y emplease en su servicio.”

Sidi Abbes gruñó ferozmente:

—Hombre que tanto se humilla, bien merecido se tiene los desaires de la mujer.

—Al principio, mi señor, los hombres suplican, y después, mandan.

—No. Siempre hay que mandar. ¿Tú qué sabrás de esto, esclava? Continúa tu relato.

—“Llegada la hora de recogerse, ni para el uno ni para el otro hubo posibilidad de conciliar el sueño, que toda la noche se les íué en pensamientos e imaginaciones, ora temiendo, ora esperando, reprendiéndose después, y luego animándose a proseguir en su empresa.”

—Total, que no pegaron el ojo. ¿Pasó algo por la noche?

—Nada, mi señor.

—Entonces... Me parece que además de ser el don Diego un medrosica cobarde, tú vas a ir de cabeza al agua.

Levantóse pausadamente el pirata, mientras, resignada, Lalla cruzaba los brazos ante el pecho, humillando la cerviz.

—¡Velas al sur!—gritó el vigía.

Sidi Abbes apartóse del estrado endoselado, y con parsimonia se dirigó al puente, donde, apoyándose en su reborde, miró a lo lejos.

Divisábase el minúsculo punto de una triple vela nórdica.

Capítulo VI

UN BOTÍN VALIOSO

Olaf Hogni contemplaba pensativo la lenta maniobra con la cual el “Saga”, desplegadas sus tres velas, viraba en redondo.

El viento iba amainando. En el cielo gris plomizo, presagiando cercana lluvia, el bochorno del calor reinante emanaba vahos ardorosos.

Divisábase a lo lejos las blancuzcas líneas de la isla de Menorca, y la corriente, encalmado el aire, empujaba de babor la nave.

Y súbitamente, todo movimiento cesó. Las velas pendieron fláccidas e inertes. Habíase extinguido hasta el menor soplo de aire.

La calma chicha, el enemigo del navegante, acababa de presentarse. Olaf Hogni imprecó entre dientes, incapacitado para hacer otra cosa.

Iban diseñándose con mayor precisión los contornos de la isla, hacia la cual la corriente empujaba a la nave.

De pronto, uno de los vigías gritó:

—¡Nave de remos a estribor!

Todas las miradas de los tripulantes dirigiéronse hacia aquel lado.

Veíase un navio de redonda proa rematada por agudo espolón. A diestro y siniestro de la nave, que enfilaba su proa hacia el “Saga”, asomaban largos maderos que acompasadamente entraban y salían del mar.

El silencio, que ya la naturaleza imponía en su calma chicha, acrecentóse por el contenido respirar de los tripulantes.

—Piratas bereberes, capitán—dijo, ceñudamente, el segundo contramaestre, acudiendo junto a Hogni en espera de órdenes.

—No podemos huir—pensó, en voz alta, el islandés.

—Imposible huir, capitán.

—Que cada hombre se apreste a combatir. Y decidles que no podemos esperar merced de estos piratas. O morir o ser esclavos. La única salvación está en combatir con denuedo. Andad, y cuidad de que todos cumplan como hombres.

Olaf Hogni dirigióse a la cala, descendiendo las escaleras. Andaba dificultosamente erguido.

Beryl Dorst salió a su encuentro:

—Triste es la noticia que vengo a comunicarte, Beryl.

—Nada puede ser triste ya, lejos de nuestros hogares, Olaf.

—A la vista, nave pirata de bereberes.

—Son tus amigos, ¿no eran ellos a quienes nos ibas a vender?

—¡Es mi culpa! Tienes razón, Beryl. Pero no son mis amigos... Moriremos luchando...

—Tú morirás por justo castigo, Olaf.

El capitán abandonó la cala, para desde lo alto llamar a un contramaestre, que acudió con sospechosa lentitud.

—Traed del armero los cuchillos de maniobra.

Poco después el contramaestre traía, metidos en red, una treintena de cuchillos, de corta hoja ancha y mango córneo basto.

—Id a vuestro puesto—ordenó Hogni, descendiendo de nuevo.

El contramaestre fué a reunirse con los que, aparentemente apoyados contra la borda, se aprestaban a feroz defensa.

Pero escuchaban las palabras del segundo contramaestre:

—Oídme todos, hombres del "Saga". ¿Vamos, a obedecer al que hizo un pacto con el vil enano?

La pintoresca mención del genio infernal hizo que todos dieran una cabezada negativa.

—Ya no es nuestro capitán quien robó la nave y a mujeres de nuestra isla. Mirad la nave que a fuerza de remos se aproxima. Tiene más tripulantes... Son piratas bereberes, acostumbrados a abordajes y luchas. Moriremos irremisiblemente si presentamos combate.

Esta vez la cabezada fué unánime y aprobatoria.

—Es preferible rendirse. Nos harán esclavos cautivos, pero con la vida tenemos la esperanza de poder escapar. Es nuestra única posibilidad. ¿Vamos a ser tan necios cómo para intentar inútil combate donde la muerte es inexorablemente segura?

—¡No!—exclamaron los más.

—¿Qué hacer?—preguntaron otros.

—Cuatro de vosotros escondeos a la salida de la cala. Cuando asome el capitán, atacadle y atadle. Después, yo izaré bandera blanca de rendición.

—¡Eso es!

—¡Sí! Más vale ser cautivos con vida...

Cuatro de ellos se destacaron y, empuñando cortos mazos, inclináronse tras las escotillas, junto a la salida de la cala.

La nave de Sidi Abbes iba aproximándose... Veíanse ya en la cubierta superior todos los piratas, con alfanje desnudo, y otros preparados los lazos de abordaje y las pasarelas de arrimo.

En la cala, Olaf Hogni tiró al suelo la red que contenía los

cuchillos.

—Escuchadme, mujeres de Islandia. Yo moriré, y seré maldecido por todas las venideras generaciones. Soy un canalla y no merezco vivir. No os pido compasión..., porque no soy digno de ella. Ha aparecido en el horizonte una nave pirata. Es de argelinos, negros como el tizón y crueles sin igual. La suerte que os espera, si somos vencidos, es horrible.

Morid cuando la primera planta de on bereber se pose en aquellas escaleras. Coged estos cuchillos... y rogad al genio gigante de la bondad, que nos proteja.

Ibase ya el capitán, cuando en su antebrazo se posó la mano de Beryl Dorst:

—¿A dónde vas, Olaf?

—Al lugar que me pertenece.

—¿Hay esperanzas?

—Son muchos y aguerridos.

—¿Debo, pues, matarme?

—Es preferible a caer prisionera.

—¿Por qué hemos de morir inútilmente?

Tardo de comprensión, Olaf Hogni miró gravemente, con cierto reproche mudo, a la rubia islandesa de fascinante hermosura.

—Hay modos de salvar la vida, Beryl, que son degradantes.

—Yo quiero luchar y morir en combate... a tu lado Olaf.

El capitán asintió en silencio.

Beryl Dorst volvióse a sus compañeras de infortunio :

—Hemos de luchar... Más vale morir combatiendo... Seguidme...

Péro ninguna se movió. Estólidas y resignadas, algunas yacían desmadejadas. Otras, arrodilladas, rezaban...

Restalló un estruendo... Una de las bombardas de la nave pirata acababa de disparar.

Abalanzóse escaleras arriba Olaf Hogni. Tras él, sola, Beryl Dorst. Algunas de las que en la cala quedaban, empuñaron cuchillos, aplicándoselos en la garganta.

Otras, sollozando, se tendieron, cubriéndose el rostro con las manos.

Apenas Olaf Hogni salía a cubierta, un mazo abatióse en su nuca. Cayó pesadamente, derribado por el golpe.

Chilló Beryl Dorst al aparecer y darse cuenta de lo que sucedía. Dos marineros la sujetaron con cuerdas.

La nave argelina estaba ya a menos de media milla.

* * *

Sidi Abbes, cruzados los brazos, desnudo el atlético busto, llameantes los ojos, sonreía complacido.

Torció el gesto cuando en lo alto del palo mayor de la nave que se disponía a abordar vió pender fláccidamente un trapo blanco.

—Se entregan, poderoso—dijo un cómitre.

Guardó silencio el capitán pirata.

Poco después, su nave abordaba ruidosamente de proa al bajel nórdico, empotrando el espolón.

Saltaron a cubierta, como demonios ávidos de sangre, los argelinos. Los islandeses, retrocediendo, en alto las manos, desnudas de toda arma, se adosaron a la borda contraria.

—¡Cadenas a todos!—rugió Sidi Abbes.

Atravesó lentamente, con majestuosidad, una de las pasarelas tendidas de nave a nave, por la proa.

Tras él iban tres hombres. Uno hablaba español, otro francés y otro italiano.

—Preguntad cuál es el capitán—ordenó Sidi Abbes.

Los tres intérpretes se cansaron de intentar conversación con los que, encadenados, contestaban en idioma incomprensible.

Los ojos de Sidi Abbes brillaron de pronto, interesados.

Acababa de ver, al pie del mástil, atado junto a un hombre, que pendía, sin sentido, un cuerpo femenino.

Miró, deleitándose, la bella figura rubia.

—Gracias te sean dadas, Alá—rezó respetuoso—, por haber puesto en mi camino a tan bella infiel.

Dirigióse a la única cámara, para disponerse en ella a recibir las noticias.

En el umbral se detuvo al ver, tras empujar la puerta de un puntapié, a un hombre encadenado.

Piotr Grymka, al divisar al argelino, gritó en turco:

—¡Amigo tuyo, poderosa águila del mar!

Sidi Abbes gruñó:

—¿Quién eres tú?

—Un enviado del Gran Visir.

—¿Qué haces a bordo de nave infiel?

—Conseguí botín de cincuenta mujeres para el Gran Visir.

—¿Qué haces, entonces, encadenado?

—El capitán se arrepintió...

Piotr Grymka, precipitadamente, explicó cuanto le había sucedido desde que en Hamburgo descalabró al primer contramaestre del "Saga".

—...y soy tu más fiel y humilde perro, águila del mar,

Sidi Abbes, desdeñoso, quitó las cadenas al eslavo.

—Ven conmigo, perro humilde y fiel.

En cubierta, señaló Sidi Abbes a la mujer rubia:

—¿Quién es esta infiel de ojos de cielo y cabello de oro?

—Una de las que el Gran Visir desea tener por mil florines.

—¿Quién es el capitán de la nave?

—El que está a su lado. Se llama Olaf Hôgni.

Olaf Hôgni iba recuperándose. Alzó la cabeza cuando recibió en ella un balde de agua.

Un cómitre acababa de anunciar a Sidi Abbe que al entrar varios de los piratas en la cala, muchas mujeres que en ella había empezaron a gritar, y otras a darse cuchilladas mortales.

—¡Maldición!—imprecó Sidi Abbes—. ¡Torpes de vosotros si ha sufrido merma el valioso botín!

—Catorce de ellas, vivas han quedado, poderoso.

Sidi Abbes miró a Piotr Grymka.

—Pregunta por qué un capitán se rinde y se hace atar.

Habló unos instantes el ruso, y después, con rabia contenida, el islandés.

—Dice, poderosa águila del mar—tradujo Piotr Grymka—, que sus hombres se amotinaron y le ataron a traición para rendirse. Dice —añadió con aviesa complacencia el eslavo—que te maldice a ti y a cien generaciones de tus hijos.

Acaricióse Sidi Abbes la corta barba. Miró a todos los tripulantes, atados y custodiados de cerca por los argelinos.

—¡Cercenad cabezas!—ordenó imperioso.

Una a una fueren rodando las cabezas de los islandeses. Beryl Dorst desmayóse ante el espectáculo.

Cuando terminó la matanza, dijo sentenciosamente Sidi Abbes:

—No necesito cautivos, ni quiero con vida hombres que traicionan a su capitán. ¡Ibn Ahmed!

Aproximóse un cómitre.

—Lleva a esa infiel a mi cámara. Y que este hombre—señaló a Olaf Hôgni—sea encadenado a banco de remo. Limpiad la cubierta, arrojando al mar los perros. Después, hundid la nave. Es pobre, y no la quiero.

Las catorce supervivientes, encadenadas en fila, fueren sacadas de la cala y conducidas a la nave argelina.

Piotr Grymka hizo varias reverencias a Sidi Abbes.

En una de ellas ya no se enderezó. Con rápido golpe, Sidi Abbes acababa de decapitarlo.

—Cerdo infiel que traicionas a los tuyos—dijo, a modo de

oración fúnebre.

A bordo ya de su nave, Sidi Abbes contempló cómo, con hachas, algunos de sus piratas iban cortando la obra maestra de la proa del “Saga”, para desembarazar el espolón empotrado.

En un banco de remo, encadenado por cintura y tobillos, Olaf Hôgni lloraba viendo hundirse su nave.

Y sus lágrimas le escocían, porque hacía muchos años que no lloraba. Restalló en su espalda el látigo de un cómitre, y empujó el remo.

No sentía el dolor de su nuca magullada por el mazo, ni de sus espaldas surcadas por el látigo, sino la atroz pena de saber que la mujer a la cual amaba, estaba viva y en poder del moreno argelino, que ahora, pausadamente, sentábase sobre el estrado.

Lalla, la esclava, acurrucada a los pies del argelino, le miraba con sincera adoración.

Condescendió Sidi Abbes a explicar:

—Catorce mujeres que venderé al mercader de Siracusa, por diez mil florines. Un botín valioso.

—Eran quince mujeres, mi señor.

—La de los cabellos de oro y ojos de cielo es mía.

—Todas tienen oro en los cabellos y azul en las pupilas, mi señor.

—¿Sí? No me di cuenta... ¡Calla, deslenguada! Contempla el mar cómo se abre dócil a mi proa. Vamos a Siracusa... El viaje es largo... Eres joven, Lalla... Muy joven para morir ahogada... Tengo sed y hambre. Sírveme.

Ella fué depositando manjares y vino, en fuentes y jarros. Sidi Abbes demostró que si bien magro, poseía un apetito enorme.

—¿Qué le pasó al mancebo don Diego, Lalla?—preguntó al final.

Con alegría, la esclava reanudó su relato.

“A la mañana siguiente, llegaron los servidores de don Diego para llevarle con ellos a su casa. Mas la castellana se opuso a que el caballero se fuese por la mañana.

“A lo cual accedió gustosamente el joven, pues su deseo no era otro que contemplar a todas horas a Ginebra, “La Blonda”.”

—Mañana, al amanecer, veré yo a la blonda cautiva—dijo Sidi Abbes, interrumpiendo a la narradora—. Tengo sueño, Lalla... Cuando despierte, continúa tu relato, y si sigue siendo tan aburrido, pondré en tu cuello un collar de perlas de sangre con mis uñas, y después, así enjoyada, te arrojaré al mar, ¿te enteras?

—Soy tu esclava, y cuanto conmigo hagas, bien hecho está.

—Así es—aprobó, convencido, el argelino.

Y, acomodándose mejor, cerró los ojos, mientras Lalla le abanicaba suavemente con gran abanico de plumas.

Capítulo VII

MUSSO VOLPI Y EL “DARDO"

A bordo de una de las galeotas arrebatadas a Abdul Hamez por Luys Gallardo y Truand Lascar, dos de los bretones rescatados con éste, pasearon por el puente tendido arriba por entre los bancos de cautivos remeros, hasta que uno de ellos tocó en el brazo a su compañero, y en dialecto armoricano expuso:

—Este ha de ser el que nos dijo el capitán.

Señaló con el extremo de su látigo, a un hombre de aspecto vulgar. Un hombre que a no ser por ir semidesnudo, presentar hirsuto el semblante y alborotada la pelambrera, en su estado de cautivo del remo, hubiera parecido un honorable mercader o un honesto burgués.

—¡Musso Volpi!—gritó uno de los bretones.

El interpelado alzó el rostro, y dió una cabezada de asentimiento. Poco después era liberado de sus argollas.

Se puso en pie. No era muy alto. Moreno y corpulento, semejaba un pacífico menestral.

Murmuraba algo entre dientes:

—Me parece, Musso, que algo nuevo sucede.

¿Qué debe ser? Yo creo, Musso, que no vale la pena que te pongas a cavilar Lo que sea sonará.

—El almirante Lascar te da libertad—explicó en mal italiano uno de los bretones—. En la camareta eliges ropas, e irás a presentarte al almirante Lascar.

Dió otra cabezada de asentimiento Musso Volpi.

Echó a andar, y preguntó ante la puerta de la camareta:

—¿Puedo raparme las barbas y el pelaje?

—Naturalmente. Tienes dos horas. Al mediodía, el almirante Lascar te aguarda a bordo del velero que allá ves dos puntos a babor.

En el interior de la camareta y a solas, Musso Volpi sentóse en el borde del cofre abierto que mostraba su contenido en vestimentas de todas clases.

—Musso—soliloqueó por vieja costumbre—, ten calma y no te alborotes. Eres libre por ahora. Y te llama el almirante Lascar, que es el rubio corsario Truand, bravo marino de los mejores..., después de ti. Fíjate bien, Musso. Modera tu mal carácter, y no te des

palmadas en la frente como es en ti mala costumbre. Fuiste un excelente capitán de mar. El remo te ha desengrasado, y te has vuelto calmoso. No duermes ni tienes sueño de mal despertar. Pellízcate, Musso.

Se propinó un pellizco en un moflete, y sonrió, aunque de sus ojos pendían dos lagrimones por efecto del dolor.

—Estás despierto, Musso. Ahora elige buena ropa. Este pantalón bombacho es de buen paño sólido. Estas botas son de magnífica piel. ¡Ah, Musso! ¡Qué espléndida camisola! ¿Y esta faja, Musso? Bien, bien, bien... Aquellas tijeras, y aquella navaja, me pondrán nuevo, y aunque sólo sea mientras dure el cénit del mediodía, seré de nuevo el capitán Musso Volpi.

Tardó en podar su cabeza hasta convertir su larga cabellera en corta melena, y dejarse una barbilla y un tufillo de negro pelo bajo la afilada nariz, a modo de mostacho.

Y mirándose en el azogue suspiró satisfecho. La imagen que veía era la de un semblante mofletudo, ojos abombados, nariz afilada y ancha frente.

—Estás muy bien ahora, Musso. Resplandece en tu faz la más preclara honorabilidad. Y aunque sólo sea por unos instantes, vuelves a tener trazas de hombre. Truand Lascar tenía fama de muy viril. ¿Te quita del remo, Musso, para vengar su única derrota en el mar?

* * *

Luys Gallardo paseaba por cubierta, buscando en vano inspiración mientras pulsaba las cuerdas de su laúd. Sentía ya deseos de alejarse de Córcega, de partir hacia nuevos rumbos y olvidar a Altiera de Montemar, la prometida de “Faciatosta”.

Acogió con agrado la llegada de Truand Lascar, que saliendo de la cámara, vino a acodarse junto a él en el reborde del castillete de popa, al cual acababa de subir el trovador.

—Someto a tu mejor parecer un dilema que hemos discutido Bruyant y yo, don Luys. No quiero romperle la cabeza ni él tampoco desea quebrarme la nuca. Es sensible a la belleza de la dama española. Te hacemos árbitro de esta situación, habida cuenta de que Bruyant es incorregible, y donde ve a Eva, acude goloso.

—He recibido mensaje de Dago. Entre otras cotas, y por entre líneas en que rebosa su euforia, dice que don Rodrigo ha sabido ganarse en Montemar la admiración de “Faciatosta” con sus atinados consejos acerca de sus proyectos de gobierno. Puedo escribir a Dago, y a la vez a don Rodrigo, que Angustias de

Bujalance, apadrinada por el hidalgo, hallará grata acogida en Montemar... El resto tú lo decides, almirante. Una triple boda me encantaría.

—Un hombre como yo... necesita esposa, ¿no es cierto, trovador?

—Esto creo. Y doy por seguro que pidiéndoselo yo, don Rodrigo no te negará la linda mano de su... apadrinada.

Media hora después, entregaba Gallardo dos mensajes a Truand Lascar, que anunció triunfalmente que Angustias de Bujalance habíale aceptado, como escolta hasta Montemar, y como prometido.

—...y en camino me pondré al atardecer, para evitarle a ella los rigores del calor. Y ahora, te presentaré al mejor capitán para tu nave: a Musso Volpi, este que custodiado por dos de mis bretones, viene allá por la playa hacia acá.

—No sueles ser muy pródigo en elogios. No obstante, parece ser que el tal Musso Volpi merece tu aprobación.

Rió suavemente el bretón, risueños los claros ojos.

—Hace unos años, en mis singladuras vencedoras, hallé cierta mañana una nave que me cerraba el paso de acceso a una rada. No eran mis intenciones dañinas, pero en mi mástil ondeaba el pabellón del gallo. Se me antojó que era muy imprudente y temerario el que osaba cerrarme el paso. Abrí fuego y a todas mis maniobras supo el capitán de la otra nave replicarme adecuadamene. Era un soberbio marino, digno de ser bretón. Tuve por vez primera en mi historial... y te lo confieso a ti solo, que batirme en retirada. La nave que me había obligado a huir llevaba un mascarón de proa que figuraba un hocico de zorro. ¿Y sabes cuál era el capitán que consiguió vencerme a mí?

—Musso Volpi.

—Exacto. Por esto lo he elegido para tu velero.

—Sólo un hombre como tú sabría tener esta generosidad.

—En consideración a ti... Porque de otro modo, habría librado a Musso Volpi del remo, lo habría dejado alimentarse a fondo, y después... le habría invitado a reanudar el combate que hace años me ganó. Adquirí informes de él, porque por mucho tiempo constituyó para mí una obsesión el recuerdo de mi único vencedor. Lo presentaban como muy leal, honesto y terco. Decían que era irritable, y que en sus frecuentes momentos de cólera se daba grandes palmadas en la frente. Y que tiene por costumbre hablarse a sí mismo, y contestarse. Pero todos coincidían, que aparte estas manías muy propias de solitarios, era todo un carácter y un gran marino... cosa que comprobé, y aunque mi amor propio sufra, he

decidido que no hallarías mejor capitán que este... maldito tritón que aquí viene.

A una señal de Truand Lascar, los dos bretones dejaron de custodiar al recién llegado, volviendo a abandonar el velero.

Musso Volpi saludó con serio semblante a Truand Lascar. Miró a Luys Gallardo, y permaneció erecto.

—¿Sábéis quién soy, capitán Volpi?—inquirió Lascar.

—Tengo a mucha gala, capitán Lascar, el haber resistido hace exactamente tres años, dos meses y cuatro días con dos horas, vuestros embates, impidiendo que entrarais en la rada de Carpini, que era mi habitual puerto de aprovisionamiento. Fué un gran combate, digno de mí y digno de vos.

—Ya que sois claro de lenguaje, capitán Volpi y que os reputan mal genio, terquedad y manías, pero también os reconocen prístina lealtad, quisiera hacer un pacto con vos.

—Tenía muchos deseos de veros de cerca, capitán Lascar.

—¿Os gustaría tomar el mando de un velero, supeditado a la voluntad de un patrón?

—En el remo estaba, capitán Lascar y no era mi destino. ¿Cuál es el velero?

—Este que pisáis.

—Al acercarme lo he valorado. Es maniobrero y de astilleros genoveses. Tiene poco que reparar. Tal vez elevar el mástil y darle más cabos a los mesana. Después... empuñando el timón y con obedientes artificieros, podría... podría intentar de nuevo cerraros el paso.

—Veo, pues, que el velero es de vuestro agrado.

—Lo es. ¿Y quién sería mi patrón? Si sois vos, de antemano acepto, y esta es mi diestra.

—Vuestro patrón sería el mío. Os presento a...

—Perdonad que os interrumpa, capitán Lascar. Vos fuisteis corsario y yo era un simple mercante. A vos con gran placer os serviría, y cuando digo que sirvo, quien de mi fidelidad dude no es hombre. Pero... a este... hombre no sirvo yo. Devolvedme al banco del remo... y de todos modos, muy agradecido os estoy, capitán Lascar, porque es de noble enemigo saber tratar como amigo al vencido.

Luys Gallardo avanzó. Los abombados ojos de Musso Volpi le miraron sin temor, con rectitud honesta.

—¿Por qué os negáis a enseñarme la náutica ciencia, capitán Volpi?

—Incurriré en vuestro enojo, messer Corsi y me juzgaréis necio

testarudo, que profesa el acatamiento a los dictámenes de su conciencia. Y ésta me prohíbe servir al Diablo Corso. No es por la razón de ser siciliano, ya que al corso honesto no le considero reprobable. Pero vos gozáis de triste fama, y prefiero no pudiendo ser censor, regresar al banco y empujando el remo, vivir en paz con mi conciencia. Excusad vos, capitán Lascar, el desaire y el mucho hablar. Estimo que la ocasión a ello me ha obligado.

Luys Gallardo miró significativamente a Lascar.

—Exponedle a vuestro presentado los motivos por los cuales es posible cambie de parecer. No quiero oírlos porque mi modestia inexistente sufriría. Invitad al capitán Volpi a copa de buen vino, mientras le habláis. Aquí espero.

Diez minutos después, Musso Volpi, precediendo a Truand Lascar, vino a chocar tacones y a usanza marina presentar la diestra en alto ante Luys Gallardo, y sus labios formularon la sentencia de enrolamiento :

—Yo, Musso Volpi, bien nacido y limpio de conciencia, juro y si no cumplo mala muerte tenga, obedecer y atacar el mando de mi patrón don Luys Gallardo. Y solemnemente declaro que los rumbos de la rosa de los Vientos, señalados por mi patrón, los surcaré a favor y en contra de los elementos. Es promesa de fidelidad que ante el mejor testigo formulo, para que si en mal momento fallare, sean el oprobio y la vergüenza eternas compañeras del perjuro. Pacto y, choca.

Estrechó Gallardo la diestra que presentaba el siciliano. Musso Volpi, hinchadas las venas de la frente por contenida emoción, siguió diciendo ritualmente :

—Pido con vuestro asenso elegir corta tripulación, asesorado por el capitán Lascar. Pido día y hora de levar anclas. Pido rumbo y meta. Vos, mi patrón, fijaréis salario que me acomoda y acepto.

Luys Gallardo, sonriente, replicó:

—Soy un bisoño en marítimas costumbres, capitán Volpi. Tenéis carta blanca. Levaréis anclas tan pronto en Montemar las bombardas anuncien el término de la ceremonia nupcial que enlace los destinos de messer Corsi, Ugo Paolo Renzo y nuestro amigo Lascar. Rumbo hacia Nápoles. El salario os lo fijará Lascar. Y ahora, decidme si sabéis ya cuáles son mis propósitos.

—Por cuanto me ha expresado el capitán Lascar, vuestros propósitos son caballerosos y nada más me pertenece saber.

—Soy voluble, no tengo meta fija y tengo caprichos de atolondrado.

—Muy libre sois de así calumniaros, cuando obtenéis tan dignos

resultados. En cuanto afecte a maniobras, zonas y cala, el amo soy. Por todo lo demás, vos ordenáis.

—Me ruboriza el demostrar mi puerilidad y desconocimiento de cosas de mar ante dos lobos de talla inigualable. ¿Os dará náuseas, capitán Volpi, mi decisión de incrustar en proa nácar y marfil y que el espolón figure un venablo cabalgado por Cupido?

—Vos sois el patrón, doy Luys—dijo Musso Volpi, con tenue sonrisa.

—Cuidad de ello, capitán Volpi. Este velero tendrá por nombre “Dardo”, y su rumbo será caprichoso. Donde languidezcan amores contrariados, donde se oigan lamentos de damas dolientes por desamor, el “Dardo” aparecerá. Podéis reír, capitán Volpi.

—No tal, patrón. Yo soy misógino... pero me halaga a vuestro servicio contribuir al triunfo de Eva.

Poco después, cuando de nuevo estrechaba Gallardo la diestra del siciliano, éste murmuró, roncamente :

—Gracias, señor español, gracias de todo corazón por la gentil mesura y discreción con la que ni siquiera habéis aludido a mi condición de cautivo por vos liberado. Con vos y con Musso Volpi, el “Dardo” surcará vencedor todos los mares.

Capítulo VIII

EL LEON RUGE

Era un dicho frecuente entre los pescadores del golfo de León, tanto provenzales y catalanes como genoveses y oriundos de las islas corsas y de Cerdeña, aseverar que “poco rugía el león, pero cuando lo hacía, ponía espanto al más templado”.

Aludían al hecho de que eran más bien raras, las galernas en el amplio golfo de León, pero cuando en él los elementos se enfurecían y encrespábase el mar, los estragos eran inmensos.

De Génova, y al anochecer de la entrevista entre Barnabó Lieto y Viviane d’Aurigny, zarpó bajel, cuyo capitán no podía evitarse un gesto picaresco pensando en el pasaje que llevaba.

Componíase de veinte hermosas mujerzuelas, al frente de las que hallábase la propia Viviane.

También embarcaron una docena de agentes del Pulpo, con misión de percatarse de los efectos de la “guirnalda venenosa”, y preparar la llegada a la Gruta de Anfitrite de otra invasión.

Transcurrió la noche en general algazara, y vióse comprometida la dura autoridad del capitán para impedir que sus tripulantes se unieran a la francachela que tenía lugar en la gran cámara central, donde las bacantes y los aventureros confraternizaban entre efusiones de súbitos amoríos y riñas de pasajeras consecuencias.

Pero pronto en la mente del capitán substituyóse la preocupación por deslastrarse pronto de su cargamento humano, por una inquieta observación del horizonte.

En la línea que imaginariamente, trazándola en el paralelo entre la española ciudad de Barcelona y la capital de Córcega, estaba surcando, había una “barra”.

Calificaban así los marinos, la negra acumulación de nubarrones cortados por lívidos fulgores intermitentes anunciando el relámpago.

El mar iba engrosando en oleaje de fondo. Las olas amplias y voluminosas, fueron rizándose de blancas espumas mugientes.

El alba próxima tiñóse de rojizas nubes que, venciendo las negruras, advertían lo que era ya inminente: la galerna.

Cayeron al principio gruesos goterones densos, en lluvia cálida. Y de pronto, con mugidos hondos, se desataron los elementos.

El viento rodeó de torbellinos el bajel genovés. El mar

zarandeaba la nave jugando con ella. La galerna propinaba a modo de zarpazos bruscos, haciendo gemir cordajes y lonas, por entre los que, chorreantes y conscientes de su progresiva impotencia, los marinos pugnaban por obedecer las órdenes encaminadas a aminorar los efectos de la tormenta.

En la cámara, los gritos de temor femeninos habíanse ido acallando por el mareo y el cansancio. Hombres y mujeres dormitaban con sobresaltos, incapaces para servir de la menor ayuda a los que en cubierta trataban de salvar la nave.

Un zarpazo más poderoso, partió uno de los palos, que al caer aplastó a varios tripulantes, lanzando al mar a los que en él se habían encaramado.

Otro, barrió el velamen de mesana. La nave no obedecía ya al timón, y saltaba de abismo en cumbre…

A media mañana, la galerna que arreciaba con mayor furia empujó el bajel sin gobierno, desmantelado y crujiente hacia la bahía de Ajaccio, su meta voluntaria.

El cielo obeso y panzudo reventaba en lluvia pertinaz, y la nave cabeceaba en agónicos sobresaltos próxima a hundirse…

Cuando el capitán, presintiendo el final, trató a voces de hacer comprender a los derrumbados aventureros y a las desmadejadas mujerzuelas que debían intentar salvarse en las dos lanchas que iban a ser arriadas, fué una desbandada general.

Pisoteadas, empujadas violentamente, sólo unas pocas lograron llegar a una de las lanchas, donde ya se encontraba Viviane d'Aurigny.

En ella, cuatro marinos cortaron los cabos y alejáronse de la nave. La otra, repleta en exceso, hundióse…

La lancha, absorbida por la fuerte corriente, semejaba a instantes galopar sobre las olas y a otros sumirse en profundos abismos.

En la nave que lentamente iba hundiéndose, sólo quédaba el capitán, que, brazos cruzados, imprecaba hacia el mar asesino, el mar que era su amor y su perdición.

* * *

Sidi Abbes, interrumpió a Lalla,

—Cesa de importunarme con tus narraciones carentes de interés. Dame la flor de fuerza.

"La flor de fuerza" era una mixtura de hierbas maceradas en jugo de pitera. Las otras dos veces que habíala pedido el pirata argelino, era cuando se avecinaba tormenta.

Mientras el argelino bebía la mixtura que quitaba el sueño y vigorizaba la sangre, miraba Lalla el rojo horizonte.

—Galerna, mi señor.

—Nada escapa a tu penetrante inteligencia, esclava.

Hizo una seña y ella, inclinándose, le quitó las babuchas. Pies desnudos, el argelino se encaminó hacia la cámara, donde prisionera estaba Beryl Dorst.

Entró, saludando reverente y profundamente. Y habló sabiendo que no sería comprendido, pronunciando con solemnidad las arábigas frases:

—Los elementos disponen que mi navío se prepare a la lucha. Somos de razas distintas y me odias. Yo siempre soñé en ser acariciado y velado por blanca mujer de tu imagen. Presiento que la lucha será enconada. Me debo a mi fiel navio. Si la muerte nos espera, por Alá quiero que mueras amparada.

Dió unas palmadas y un cómitre apareció presuroso :

—Libera al hombre que mandaba la nave que vencí. Tráelo aquí.

Beryl Dorst, impasible, aunque íntimamente empavorecida, ante el fiero continente del hombre que al mirarla ponía dulzura en su voz y ojos, dulzura que la hacían temer obscuramente próximo oprobio, sobresaltóse al ver aparecer a Olaf Hôgni empujado por dos cómitres.

El islandés permaneció inmóvil, músculos tensos.

Dió Sidi Abbes Otra palmada y desaparecieron los dos cómitres. Habló de nuevo en árabe:

—No me comprendes, hombre blanco. Pero debo decirte que si venzo la galerna volverás al banco y esta mujer, tu amor, será mía. Pero si la galerna me vence por designio de Alá, que el mar sea vuestra tumba y que vuestro último abrazo rescate mis muchas culpas.

Salió el pirata argelino cerrando tras sí la puerta. Olaf Hôgni miró a Beryl Dorst.

Ella habló con sorprendido ademán:

—¿Por qué estamos juntos, Olaf?

—La nave entra en zona de galerna. Tal vez el musulmán ha tenido la rareza de querer que en caso de peligro estemos juntos. Sea por lo que sea, yo soy culpable, Beryl.

—Luchaste contra el enano del mal y venciste, Olaf. Te he perdonado, porque la tentación siempre acecha a los marinos.

Crujieron los maderos y la nave bamboleóse pesadamente. Su repentino movimiento hizo tambalearse a Beryl en pie, proyectándola contra Olaf Hôgni.

Halláronse abrazados. Ella nada hizo para separarse. El islandés, pálido y cejijunto, habló lentamente :

—Perdí el honor, Beryl. Perdí mi nave. Soy un mísero. He hallado mi castigo. Pero, ¿y tú, inocente? ¿Por qué has de pagar por mi maldad?

—Te quiero, Olaf—dijo ella, con sencillez.

Apretó el abrazo el marino y sus pupilas se humedecieron. Calló porque sentía su garganta contraída y no sabía qué decir.

Ella alzó el rostro y sus labios se posaron candidamente en la áspera mejilla curtida del marino.

—Dime, Olaf. ¿Por qué si la galerna se acerca, no huye la nave?

—No puede, inocente. La galerna se echa encima y no da tiempo a soslayarla.

—Ruge mucho el viento. Pero no tengo miedo entre tus brazos.

—Indigno soy de tu confianza, Beryl.

—Sufres... y no lo quiero. Bésame, Olaf.

Torpemente aplicó el islandés sus labios en la frente de la aldeana. Y abrazados sentáronse, sumidos en silencio estático.

En el puente de proa, Sidi Abbes daba concisas órdenes. Abiertas las piernas, miraba alternativamente el cielo y el mar.

A su lado, aferrada a un saliente de la balaustrada, Lalla sacudía de vez en cuando la cabeza para quitarse el mojado cabello del rostro, azotado por la lluvia.

—Cuando te elegí en el harén de Ali Ornar, te creí débil y poco resistente, Lalla. La mujer siempre engaña.

—Gracias, mi señor.

—El sitio de las mujeres es la cala cuando el viento barre la cubierta, esclava.

—Mis narraciones te aburrieron, mi señor. Prometiste arrojarme al mar. ¿Qué importa ahora...?

—¿Eres, acaso, hija de marinos, o sirena, que presientes la cercana victoria del mar?

—Tú vencerás, mi señor.

—No mientas, esclava. Está escrito que esta galerna es la última que combatiré.

—Déjame estar a tu lado, mi señor.

—¿Dónde naciste, Lalla?

—En Corfú. Mis padres eran mercaderes.

—Piratas de tierra, ¿no? Eres bonita, Lalla. Hay en tus cabellos destello de noche de luna y son tus ojos mansos como la gacela. Es tu piel lisa como el pétalo de la rosa. ¿Sabes que vas a morir, Laila?

—Hace tiempo que a esta idea me acostumbré, Sidi Abbes. Y

cuando se vence el temor, es casi grata la idea de perecer y descansar para siempre.

—Tu paraíso no es el mío. No nos veremos más y así no me aburrirás con tus leyendas. ¿Te espera allá en tu Edén el que se ganó tu amor?

—No tuve amores, porque fui raptada a los quince años, Sidi Abbes.

La galerna, con sus rugidos, obligaba a alzar la voz. Aproximóse Lalla, a la vez que lo hacía el argelino.

—Cuando está escrito que la guadaña de la muerte nos segará, desaparecen muchas falsas creencias. Yo era tu señor, mi piel es cobriza y tu raza odia a la mía. ¿Qué somos ahora? Un hombre y una mujer condenados a morir. Mira mis esclavos...

Señaló con la barbilla el argelino a los que por entre palos y velas, habían cesado de maniobrar.

—Esperan mis órdenes y saben que no las daré, porque es fatal y está escrito que la furia del león nos aplastará. Y un jefe argelino no comete la necedad de dar órdenes, cuando Alá ha dispuesto que los elementos venzan. Caerás... Puedes sujetarte a mi cintura. Esta sarabanda es la última danza. Es bella la música del mar airado.

Lalla, estremecida, abrazóse al costado del hombre que amaba.

Sidi Abbes rió suavemente:

—¿Tiemblas, esclava del destino?

—Tengo frío.

—Entibia tus miembros en mi cuerpo. Miles de mujeres he acariciado, Lalla. A ti no te he rozado siquiera el cabello y virgen tendrás por sudario el mejor: las algas azules que tejerán red donde tu cuerpo sin caricias creará perlas nítidas. ¿Sabes por qué te compré, Lalla?

—Te dijeron que yo sabía muchas leyendas, Sidi.

—Te compré, porque semejabas una niña presta a romper en llanto. Y en el Korán está escrito que las hijas del hombre que dé protección a una niña llorosa, tendrán riquezas y placidez.

—Tus hijas, Sidi Abbes, serán felices, porque en mi triste vida hay un final dichoso.

—¿Dichosa y vas a morir joven y sin amor?

Bajó ella la cabeza y su rostro se ocultó contra el pecho desnudo del vigoroso pirata.

Sidi Abbes comprendió, porque estaba infatuado de su arrogante figura. Pero limitóse a decir:

—Es dichoso quien muere con su amor. Y mi nave es mi amor, Lalla. Está agonizando. Y allá en el horizonte, tras la barrera de

borrasca, está un puerto amparado.

—¿No puede llegar allá tu nave?

—No. Y allá muerte hallaría yo, porque es la tierra de mis enemigos. Son blancos y muchos poblados les arrasé. Es la bahía de Ajaccio.

La nave bereber emitió un lastimero lamento, casi humano, mientras maderos, bancos y palos, crujían desencuadernándose.

Sidi Abbes movió los labios en lenta oración, encomendando su alma a su dios.

Los tripulantes saltaban al mar y la nave hundíase de proa. De la cámara surgió Olaf Hôgni llevando en vilo, abrazada contra él, a Beryl Dorst. Empuñaba en la zurda un alfanje...

Sidi Abbes los vió, pero quedó inmóvil. Vió como apresuradamente, Olaf Hôgni desataba una ancha balsa y a gritos instruía a las islandesas que, llamadas por Beryl Dorst, surgían de la cala.

Cesó el argelino en su plegaria.

—Huye, Lalla. El rubio infiel se lleva a las mujeres. Vete con ellas. Tal vez podáis llegar a tierra, si no está escrito que debáis morir. Pero el mar devorará la balsa.

—¿Por qué permaneces a bordo, Sidi?

—Necia pregunta, propia de mujer. He tenido contigo pasajera debilidad y te creces. Es ofender a un jefe de mar, el solo pensamiento de que pueda abandonar en la muerte, a la fiel nave que supo llevarle victoriosamente. Sólo las ratas huyen de la nave que se hunde.

—Yo no soy rata.

Sidi Abbes cruzó los brazos, e inclinando la cabeza, dijo:

—No me importunes con tu frivolidad de pájaro sin seso. Déjame a solas con mis plegarias.

Cerró Sidi Abbes los ojos, e inopinadamente creyó por un instante que un trozo de mástil o un pedazo de cabo chocaba contra su sien.

Abatióse de bruces, sin sentido.

Temblorosa, con energía decuplicada por el afán de vivir y salvar al hombre que amaba, Lalla, que acababa de golpear la sien de Sidi Abbes, en certero golpe con la empuñadura de un alfanje caído en el suelo, procedió a atar febrilmente al argelino contra un redondo remate de mástil y fué empujándolo hasta una abertura de borda.

La nave, en otro postrer movimiento, arrojó al mar a la esclava y al pirata. Abrazóse ella desesperadamente al mástil que, flotante,

mantenía al inanimado Sidi Abbes.

Lejos la balsa conteniendo las islandesas, era zarandeada por los flecos de las olas, mientras Olaf Hôgni con un largo remo, trataba en vano de encauzar un rumbo.

La nave empinóse de pronto como saeta que pretendiera arrancarse de una mano poderosa y subir hacia el cielo, y en su vano intento, cayó para desaparecer entre las olas, cada vez más furiosas...

Capítulo IX

LOS NAUFRAGOS

—Mi abuelo decía que la sociedad, al matar a un delincuente, está muy convencida de que hace justicia. Sería, pues, inmensa y sublime justicia la que haría un hombre matando a la sociedad.

—Con estas ideas, señor, muchos terminan en el patíbulo—dijo, tiesamente, Musso Volpi.

—En Francia tengo la cabeza muy solicitada y ahora tiene aun más valor desde que todas las noches me la endurezco con la receta del almirante "Testarazo". Saber no ocupa lugar, decía mi abuelo.

—Era hombre muy culto vuestro abuelo, señor.

—Todo un talento. Lo heredé.

Musso Volpi estimaba que el gascón del loro era hombre perdido, pero con la compañía del trovador galante, tal vez tuviera redención. Y no quería ser intolerante.

Por esto soportaba las confianzas del que le fué calificado de "sinvergüenza sin maldad".

—Si heredasteis el talento de vuestro antecesor no os puedo felicitar por los progresos de vuestros hombres, señor.

—¿Mis compinches? ¡Caramba! Pero si tienen las manos desolladas y los fondillos de las calzas hechos trizas de tanto hacer el mono por trepar de cuerdas arriba y...

—De cabos, señor—corrigió el marino, severamente.

—Hombre, vos sois un guasón, con esta cara de juez. Un cabo, decía mi abuelo, que era la punta de tierra que entraba en el mar, y un golfo, pues lo contrario, y también un perdulario.

—En el mar, las cuerdas son cabos, señor.

—Ganas de complicar la existencia. Pero, en fin, no hay que escatimar sacrificios con tal de ser dignos del "Dardo" y de su patrón. ¡Eh, compinches! Acercaos acá, que empieza la hora de lección a cargo de nuestro insigne maestro, el capitán Musso Volpi.

—Os rogaré, señor, que advirtáis seriamente a los que llamáis "compinches", de que en una nave el amo es el capitán y, por lo tanto, mandaré aherrojar al que se permita chanzas de mal gusto. Si acepto daros lecciones es por indicación de don Luys.

—Un poco de buen humor nunca hace daño, tritonazo. La disciplina entra mejor si se ameniza con cuchufletas hilarantes que mondan y despepitan. Creedlo o no, habéis obtenido de mí y los

compinches, el máximo de respeto, casi tanto como el que el teníamos al abuelo. Y eso, porque el almirante Lascar nos dijo lo tritonazo que sois. Y que, además, sois este bicho raro y tan escaso, llamado un hombre honesto, y es cosa que nos da mucho respeto a los bribones.

Habían ido llegando los bandoleros, que iban sentándose o tumbándose alrededor de Musso Volpi y Bruyant.

Se pusieron prestamente en pie, cuando con ligereza de felino y con puntapiés a diestro y siniestro, Bruyant Lartiguers les iba levantando, a la vez que decía:

—¡Se acabó la “anarcos”! Disciplina y buenos modos.

El loro, revoloteando, se apaciguó y volvió a colocarse sobre el hombro de su dueño al cesar el vapuleo.

Y satisfecho, rió Bruyant:

—Esto de “anarcos” os ha dejado patitiesos, ¿eh, compinches? Quiere decir en griego, ser unos pendones que se lo creen todo permitido. El capitán Volpi admite chanzas, pero con discreción. Abrid bien las orejas, que el saber no ocupa lugar, ¡y malos dengues me coman, si no hacemos de todos nosotros unos bragados lobos de agua salada!

Musso Volpi, entornados los párpados, con figura de resignado, empezó a disertar. Preguntó a uno de los que le oían:

—¿Qué es, pues, abarbetar?

—Un verdadero lío, mi capitán.

Todos rieron dándose palmadas en los muslos, Musso Volpi cerró los ojos con avinagrada expresión de mártir.

Bruyant Lartiguers avanzó un pie y el “avisado”, doblando la cintura, replicó, prestamente:

—Abarbetar es amarrar en firme dos cabos con filástica, que también puede ser meollar y cajeta.

—Te has ganado mi bendición, compinche—afirmó Bruyant—. Preguntadle otra, capitán, porque el muchacho promete.

—Decid lo qué es apagapenol.

—Una farmacópea para curar el retortijón de tripas—replicó Bruyant, riendo a carcajadas, coreado con bramidos de entusiasmo por los demás, con la excepción de Musso Volpi.

El siciliano iba a replicar con acidez, cuando miró fijamente a lo lejos, haciéndose visera con las manos.

—¡Anda! El tritón ha visto volar un borrico— comentó uno.

—No tienes alas todavía, compinche — replicó Bruyant—. ¿Qué veis por allá, capitán?

—Dura galerna al Oeste. No ouisiera estar en la piel de los que

se encuentran allá.

La naciente mañana iba ensombreciéndose. Lloviznó. y un fresco viento empujó hacía la playa, distintos objetos que Musso Volpi identificaba con su anteojo.

Los compinches gascones desayunaban en la cámara, de la que Erika von Merck no salía.

Luys Gallardo, procedente de la Gruta de Anfitrite, vino a bordo y situado al lado de Volpi, husmeó el aire con deleite.

—Refresca, capitán..

—La galerna amaina, patrón. Ha habido una nave que no ha resistido el golpe. Ahí van destrozos. ¡Mirad, por favor!

Tendió el marino su anteojo, enfocándolo hacia un invisible punto. Luys Gallardo sonrió, mientras miraba:

—Una balsa… Mujeres y un hombre… Buenos comediantes… Ahí viene la guirnalda venenosa, cuya preparación ya conocéis. Parecen agotados.

—La galerna no fué comedia, patrón.

—Les favoreció. Sea el "Dardo" hospitalario. Si no os parece inadecuado, podéis enviar chalupa a recogerlas.

—Es obligación nuestra, patrón. ¡Contramaestre! Botad chalupa y traed a bordo los náufragos.

* * *

Desde una de las galeotas, también divisó Truand Lascar la balsa conteniendo a Olaf Hôgni y las quince islandesas.

Sintiendo inmensa curiosidad por saber cómo re-«olveria Luys Gallardo el hacer inofensivas a los componentes de la guirnalda venenosa, Truand Lascar acudió a bordo del "Dardo", y al irse acercando su chalupa, contempló las incrustaciones de nácar y marfil que en la proa del velero esculpían la palabra y la figura del venablo cabalgado por un amorcillo rollizo.

Estaba junto al trovador y Musso Volpi, cuando subieron al velero, las islandesas y Olaf Hôgni.

Las ropas en jirones, los semblantes exhaustos y la lasitud de los miembros de las accidentadas, maravillaron al trovador que lo imaginó arte de fingimiento.

En la cámara, desde la lucarna, uno de los gascones exclamó:

—¡Caramba, jefe! ¡Montañas de Evas!

—Esto se anima—alborozóse Bruyant—. Termino con esta tajada y vamos para allá.

—No… amor mío—dijo Erika von Merck—. Se disgustaría el señor español, ya que tus impertinencias deben tener un límite. No

me mires así, Bruyant. Yo no quiero mandar, porque soy tu sumisa criada.

—¡Magnífico! ¿Os dais cuenta?—exclamó Bruyant, tomando por testigos a sus compinches, pero ya calmado su amor propio—. Eva siempre se las compone para decir que es una pobrecita sacrificada, pero el raso es que nos lleva amarrados por la nariz. Quedémonos aquí, pero escucha bien, Erika. ¿Aquí quién manda?

—En mí, sólo tú.

—Entonces... ¡o me compras una escoba nueva o no barro!

La repetida broma fué acogida por risotadas de los que se apiñaron en las dos lucarnas para no perder vistazo de la escena que en cubierta se desarrollaba.

Los comentarios fueron de todos los calibres y gustos.

Olaf Hôgni avanzó para saludar dignamente a los tres hombres. Habló despacio.

Cuando terminó, Luys Gallardo sonriente y brillantes los ojos de contenido regocijo, murmuró:

—Farsante. ¿Qué lengua inventada hablas? ¿Le entendéis, señores?

—Ni una palabra, patrón. Y conozco muchos idiomas en lo esencial—afirmó Musso Volpi.

Olaf Hôgni acudió a una mímica expresiva. Olas en agitar de brazos, señalando el mar; temblor y miedo, indicando a las que, tras él, se agrupaban; hambre y sed, abriendo la boca y con los dedos simulando llevarse algo a los labios y con el pulgar verter líquido...

—Este hombre hubiera podido elegir la mejor carrera de titiritero, en vez de pastor de Evas aventureras— comentó, divertido, Gallardo—. Que se quede donde está, capitán, y a las damitas conducidlas a la cala y dadles mantas y sustento.

Olaf Hôgni iba asintiendo con cabezadas y sonrisas, viendo como Musso Volpi, por ademanes, intentaba traducir la orden del trovador.

Beryl Dorst habló:

—Son hombres de faz leal, Olaf. Uno de ellos contiene la risa. ¿Dónde quiere llevarnos el hombre de los ojos saltones?

—A la cala. Os darán ropa y alimento. Seguidle. Ha terminado vuestra desventura. Yo me quedo aquí.

Truand Lascar susurró al oído de Luys Gallardo :

—Puedo equivocarme, pero me parece que son nórdicos isleños. El ha sido llamado Olaf, y hay una palabra “mensch”, que la repite con frecuencia Gesta Framoer, el islandés cautivo del remo. ¿Puedo traerlo?

—De acuerdo. Veremos dónde termina la farsa. Aunque también empiezo yo a dudar. No quiero jactarme de conocedor de Evas, pero las que en la cala están, nada tienen de descodadas, sino que parecen rebaño de ovejas asustadas.

No tardó en aparecer en cubierta el gigantesco y pelirrojo Gosta Framoer, el islandés maldito de todos los que lloraban la pérdida de muchas inocentes que fueron raptadas por él, que las vendió al turco.

Gosta Framoer, empujado por tres cómitres bretones, avanzó pesada y aplomadamente.

Y, de pronto, con aullidos e imprecaciones. Olaf Hôgni precipitóse hacia adelante y en frenesí de furor, acometió al recién llegado.

Fué una lucha breve y brutal. Los bretones, con sus látigos, intentaron en vano separar a los dos contendientes.

Gosta Framoer, atleta ciclópeo, desprendióse de su agresor, con recio empujón. Jadeante, contenido por dos bretones, Olaf Hôgni siguió imprecando, convertido en una furia.

—Mosca...—murmuró Gallardo—. Aquí no hay farsa. Creo, Lascar, que os pertenece indagar lo qué sucede.

Truand Lascar acercóse al pelirrojo hércules.

—¿Por qué te atacó este hombre, Gosta?

—Es un loco. Yo qué sé por qué me quiso agredir. No entiendo lo que dice. Es un poseso.

—¿Si?

Y apenas pronunciada la sílaba, Truand Lascar proyectó la frente, asestando recio testarazo contra el pecho del islandés.

Gosta Framoer, al impacto, retrocedió. Miró en derredor como una fiera acorralada.

Truand Lascar alzó una mano perentoria:

—Nadie se mueve aparte este tiburón y yo. Me tienes odio, Gosta, porque te he dejado al remo, que no otra cosa mereces. Mientes al decir que este hombre está poseso. Es islandés como tú.

Gosta Framcer rió malignamente:

—Sabes mucho, Lascar. Trata, pues, de saber lo que dice ese loco.

—Si lo quieres así, yo te lo sacaré del resuello.

Y se aprestó el bretón al combate. Pero con ágil salto, entre ambos se interpuso Luys Gallardo.

—No desperdiciéis vuestro cerebro sacudiendo a este hombre. Es preferible intentar otro procedimiento. Rogad a Erika que acuda.

Erika von Merck, acompañada por Bruyant, acercóse. Venía ya

enterada por Truand Lascar de lo sucedido.

—No conozco el islandés, señor don Luys. pero sí creo que mi lengua nativa será comprendida por estos dos.

—Tened entonces a bien preguntar al náufrago, que os explique los motivos de su excitación.

Olaf Hôgni, al ser interpelado por la tudesca, empezó a hablar con precipitación.

Interrumpióse cuando Erika, autoritariamente, le impuso silencio en ademán que recordaba a “Sans Merci”.

Y en italiano, fué traduciendo ella:

—Este hombre de pelo rojo, es Gosta Framoer, un marino que vendió muchas aldeanas islandesas al turco, engañándolas. Entre ellas, a su propia hermana, para que las demás aceptasen confiadas la falsedad que contó Gosta Framoer, de que las llevaba a mercar abalorios y telas a puerto de los Países Bajos. En Islandia lloran muchas familias, que sólo tendrían bálsamo a su pena si supieran que Gosta Framoer ha sufrido la muerte que las Sagas de los Ancianos para él eligieron.

—Preguntad quién es él y quiénes son las mujeres que le acompañan.

A la interrogación de Erika, Olaf Hôgni se puso de rodillas, brazos abiertos en cruz, y la tudesca fué traduciendo, entre las pausas que hacía el atribulado islandés:

—Se llama Olaf Hôgni y sucumbió a la tentación, repitiendo lo que había hecho Gosta Framoer. Se arrepintió, pero fué atacado por un pirata beréber, y prisionero. La nave bereber naufragó en la galerna. Y dice Olaf que suplica generosidad en los que le escuchan pacientemente. Y que amarrado codo a codo con Gosta Framoer, sea entregado a las mujeres islandesas, para que ellas los ajusticien.

Gosta Framoer intentó aprovechar la atención de todos. Iba a abalanzarse por la borda, cuando contra su estómago las dos rodillas de Bruyant chocaron con violencia.

Inclinó la nuca y en ella las dos manos entrelazadas del gascón asestaron su golpe favorito.

—No entiendo mucho todavía, pero este grandullón no me es simpático—decretó Bruyant, regresando junto a Erika y mirándola con admiración—. Sigue, reina. Le hubieras gustado mucho a mi abuelo, porque hablas una lengua que debe ser muy difícil y la hablas con facilidad.

Luys Gallardo preguntó:

—¿Y si hacemos lo que pide, qué será de ellas, lejos de su tierra?

Tradujo Erika la respuesta:

—Dice que las mujeres islandesas son valientes y que honradamente trabajarán hasta ganarse el precio del regreso.

—Contribuyo con diez florines, ¿no, reina?—sonrió Bruyant—, Cuanto más lejos estén, mejor estaremos. Alejar la tentación es cosa sana, decía mi abuelo.

—Los cofres de Ajaccio vaciaron generosamente en el de Dago y, por lo tanto, justo es que contribuya—dijo Gallardo—. Vos sois el tesorero, capitán Volpi. Dad a cada Eva, cincuenta florines y vos, Erika, explicadles que Olaf Hôgni pide justicia. Y yo, evocando a Poncio Pilatos, me lavo las manos.

Truand Lascar tocó en el hombro a Olaf Hôgni, que escuchaba absorto lo que le decía Erika von Merck.

El islandés la vió alejarse hacia la cala. Sonrió, mientras el bretón le ataba el brazo izquierdo al derecho de Gesa Framoer sostenido a duras penas por Bruyant Lartiguers.

Gosta Framoer fué recuperando los sentidos, aguijoneado por la punta del puñal que Bruyant Lartiguers le aplicaba en pinchazos contra la nuca.

—Ordenad que estos dos hombres queden en la playa, capitán-Volpi—dijo el trovador.

Erika von Merck reapareció al frente de las islandesas, que con ojos dilatados de asombro y alegre estupor, miraban a Luys Gallardo.

Fueron desfilando, impacientes por llegar a la playa. Todas dijeren la misma frase al pasar ante quien les saludaba risueño.

—Dicen—tradujo Erika—, lo que me explicó una de ellas. Que el dios de los amores te mime, señor español.

—Lo que me gustaría presenciar son los mimos que van a recibir los dos vendedores de mujeres. Poco será lo que les hagan. ¿No os cosquillea la curiosidad, don Luys?—inquirió Bruyant.

—El triunfo de Eva, en este caso será cruento, gascón. Vedlas... Se llevan a los dos prisioneros y parecen diablesas... Seres primitivos... Justa venganza, pero prefiero conservar de ellas, la imagen primera.

* * *

Las quince islandesas anduvieron una hora. Llegaron a una rada desierta. Dos de ellas rodearon las piernas de los dos prisioneros contra el tronco de un olivo.

Beryl Dorst fué recitando:

—Las Sagas de los Ancianos decretan que el hombre que convirtióse en vil enano del mal, y, abusando de su fuerza y de su

superior inteligencia, causó el peor daño a las mujeres destinadas a ser esposas y madres de los hombres de Islandia, sea desangrado lentamente por una mujer.

Olaf Hôgni iba aprobando lentamente, mientras escuchaba. Gosta Framoer maldecía e imprecaba…

Una islandesa avanzó e introdujo brutalmente entre los labios de Framoer un pedazo de tela, acallándolo.

Beryl Dorst colocó un puñal en el suelo. Todas formaron corro. Cantaban una melopea de cadencia monótona…

Gruesas gotas de sudor invadieron la frente del pelirrojo.

El canto creció en intensidad. Una de ellas se inclinó y recogió el puñal.

Las otras continuaron en corro, cantando. Regresó la que inició la tortura, depositando el puñal sangriento… Otra lo recogió.

La última fué Beryl Dorst. Volvióse, dirigiéndose hacia los dos hombres, uno de los cuales estaba ya muerto.

Olaf Hôgni, cubierto de sangre, miró dulcemente a la que se acercaba.

Vaciló Beryl Dorst…, y el puñal cayó de su diestra.

—No puedo herirte, Olaf.

—Debes, Beryl. Lo dice la Saga de los Ancianos, y es tu deber respetar, lo que decretan los padres de nuestros padres.

—Venciste la tentación, Olaf… Yo no puedo hacerte daño… porque te amo.

Había cesado la canción del sacrificio vengativo. Dióse de pronto cuenta Beryl Dorst de que la sangre que cubría a Olaf Hôgni era la derramada por Gosta Framoer.

Y una de sus compañeras se acercó, diciendo:

—Olaf ha muerto, Beryl. Nosotras volveremos a nuestra tierra, que nunca veréis. Sed felices, porque la Saga de los Ancianos dirá que Olaf Hôgni murió arrepentido.

Una tras otra se marcharon, abrazando a la que dejaban junto al que poco después, libre, aplicó sus labios en la frente de Beryl.

—Regresa con ellas, Beryl.

—Islandia estará donde nosotros vivamos, Olaf.

Cogidos de la mano, internáronse bosque adentro. Y la voz de Olaf Hôgni se elevó en canción rústica, donde se repetía incesantemente que el hombre no es digno de tal nombre si no sabe hallar esposa, encender lumbre de hogar y guiar a sus hijos por el camino del bien.

* * *

Sidi Abbes, hosco y ceñudo, había permanecido en silencio, cuando, tras recuperar el sentido, vióse a merced de las olas, atado a un mástil sobre el que se sostenía Lalla.

Una lancha de pescadores les recogió a escasa milla de Punta Crociatta.

Lalla explicó que eran náufragos de nave veneciana. Sidi Abbes continuaba en silencio.

La lancha pesquera los dejó en playa cercana a aldea. A solas, ella dijo, tímidamente:

—Enviaré mensajero a mis padres, que serán muy felices al saberme en vida y libre. Me mandarán dinero, y tú decidirás.

Sidi Abbes, vestido con ropas toscas entregadas por los pescadores, miró fieramente a la menuda italiana.

—¿Qué decisión he de tomar yo, mujer pérfida, que me separaste de mi nave? Soy Sidi Abbes, y he combatido a tus iguales. ¿Por qué no me delataste a los pescadores?

—Porque... tu destino es el mío, y quiero vivir.

—Degollaré a tus padres, y con el oro de sus cofres regresaré a mi tierra, donde otra nave mercaré, para arrasar tus poblados. ¿Ríes, pérfida criatura dominante?

—Yo velaré tu sueño. Seré tu esclava. Podrás mercar nave que entre Corfú y Venecia navegue, enriqueciéndote.

—Yo no soy un mercader.

—El Adriático es peligroso. Pocos son los que se atreven a surcarlo.

—¡Yo lo dominaré!—Y, de pronto, el argelino rió, brillantes los ojos y arqueadas las cejas. —No degollaré a tus padres. Pero si un día olvidas que yo soy el hombre y me quieres imponer tu capricho, regresaré a mi tierra y te venderé a Alí Omar.

—Soy tu humilde esclava, Sidi.

Esclavizado, Sidi Abbes posó sus labios en los de la que, triunfante, entornó los párpados al recibir el primer beso.

CapItulo X

EL TAÑEDOR DE LAÚD

Por la mañana del sábado culminaban en el castillo de Montemar los siete días de populares y sentidos festejos con los que se celebraban, no tan sólo el triunfo sobre los invasores, sino los esponsales de las hermanas condesas de Montemar.

Era el broche de oro con el que se cerraba el libro del verbal y común elogio con que eran encomiados Ugo Paolo Renzo y Altiera de Montemar, y la esperanzada fe en que el Diablo Corso hallaría en el amor de Alicia de Montemar un freno a su indómita propensión al salvajismo.

En la gran plaza que en el recinto amurallado daba acceso al templo secular de la familia Montemar congregábase un inmenso gentío venido de todas las aldeas circundantes.

En estrados dispuestos para tal fin reuníanse los señores de Ajaccio con sus familias. Heraldos, pajes y doncellas, vistiendo la librea con los vistosos colores insignia, formaban a modo de primera barrera, que, doblada por los soldados empanachados, abrían calle desde la poterna de las salas principales al umbral del templo.

Desfilaron primero, como era de rigor, Ugo Paolo Renzo, imponente en su severo aspecto de condotiero, con el rostro velado por negra tela que ocultaba los efectos de las quemaduras que le habían valido su honroso apodo.

Su caballo, enjaezado por sobre la armadura, caminaba a paso solemne. Los vítores estallaron, mientras, en lo alto de las almenas, clarines y pífanos anunciaban el principio del cortejo nupcial.

Al desmontar "Faciatosta" en el umbral del templo y penetrar en él, apareció por la gran poterna Dago Corsi, cuya blanca montura caracoleaba en alegre alarde.

Con la cabeza erguida en natural arrogancia, el Diablo Corso ostentaba ceño hosco, suavizado por tenue sonrisa que le suscitaba el pensar que pronto y para siempre iba a ser suya Alicia de Montemar.

Desfiló en tercer lugar Truand Lascar, cuya aparición provocó comentarios de algunos lugareños aun no documentados sobre los

recientes sucesos.

—¿Y quién es este caballero que nórdico parece?

—El corsario bretón que tres naves manda, y que nuevo Almirante de Ajaccio queda.

—Apuesto y gentil es—afirman ellas—. ¿Y quién es la dama merecedora de su voluntad?

—Una bella española apadrinada por el nuevo Consejero Mayor, un hidalgo que la confianza de nuestro “Faciatosta” se ha ganado.

Los vítores ruidosos y los sonidos de los bronces aumentaron en intensidad, mientras cubríase el cielo de blancas palomas recién soltadas de sus jaulas colocadas en las almenas.

Apareció Altiera de Montemar, amazona en linda hacanea, cuyas riendas llevaba el capitán de armas del castillo, Giovan Fierro.

Su serena belleza, levemente melancólica, estaba realzada por sus blancas vestiduras, y la diadema de flores y joyas que enmarcaba su negro cabello.

Precedía a la frágil y exquisita Alicia, que presentaba mayor contraste junto a la morena hermosura de Angustias de Bujalance.

En el interior del templo, los privilegiados que habían podido hallar sitio diéronse cuenta inconscientemente de que en el ambiente alentaba un místico recogimiento, infinitamente más pujante que el usual en ceremonias matrimoniales.

Emparentaban noblezas de espíritu en diversos caracteres, proclamando más que nunca el triunfo de Eva.

La austera serenidad de Altiera convertía en apostolado la labor patriótica de “Faciatosta”.

La delicada juventud de Alicia prometía ser un paliativo a la reciedumbre belicosa de Dago Corsi.

Y el encanto delicioso de Angustias de Bujalance había logrado fijar en permanente anclaje el errabundo espíritu del bretón corsario.

En representación de los difuntos padres, Giovan Fierro avanzó hacia el altar, sosteniendo en cada uno de sus puños la mano de las dos hermanas.

Tras él, Rodrigo de Bujalance acompañaba a su propia hija, de la que, por razones de su conveniencia, fingía ser tutor y padrino.

En lujosos reclinatorios arrodilláronse los futuros cónyuges. Planeó un silencio total y casi opresivo.

Y de pronto, una voz sonora, gravemente modulada, que parecía verter desde lo alto del ábside de la nave del templo la melodía de su canción, se adueñó del espacio, entre arpegios de laúd.

Era una voz dotada del mágico poder de suspender los ánimos

con la inefable sensación de almas oyendo un mensaje indefinible.

El cantor mezclaba sabiamente las estrofas impregnadas de marcial sonoridad con las más tenues, que terminaban en arrullos melodiosos.

No era visible para nadie, porque hallábase oculto por los capiteles de una gran columna cuyo remate se ensanchaba en el espacio antaño ocupado por el coro.

Pero los contrayentes sabían la identidad del cantor. Cuando las tres parejas arrodilladas recibían la bendición sacramental que los unía para siempre, se apagó la voz en un arpegio final de decreciente amplitud triunfal.

Y como por ensalmo, como si se quebrara un sortilegio, todos los rostros, hasta entonces inclinados en místico recogimiento, se alzaron para intentar divisar la figura del mágico cantor.

Pero ya Luys Gallardo había abandonado el templo. Y un preboste entregó a Dago Corsi el verbal mensaje de despedida del trovador:

—Las distancias nunca separan estando unidos los corazones de los alejados.

* * *

Bembo, que aguardaba sosteniendo los dos caballos en las afueras del puente levadizo, descendido, fue discreto al aparecer Luys Gallardo y montar en silencio.

Cuando ya la colina descendía y el boscaje rodeaba a ambos jinetes, que al paso iban, el trovador pareció querer despejar una nube de pasajera melancolía.

—Nunca me hablaste de tu dama, Bembo.

—No la tengo, mi amo.

—Eso es imposible, galán. Todo hombre acaricia en el fondo de su ser una imagen forjada de ensueño o de nostalgia.

—Yo, mi amo, no estoy muy favorecido, y las mozas no me miran. Ni siquiera se fijan en mí.

—Lo anuncias casi con satisfacción, bellaco.

—Es que estimo, salvo tu mejor parecer, mi amo, que las damas siempre le acarrean a uno estropicios y sinsabores.

—¡Nunca oí majadería semejante!—fingió irritarse el trovador, para quien la charla con su escudero era un sedante, que le hacía olvidar momentáneamente la reciente impresión que le causó ver la señera y altiva belleza de la condesa de Montemar.

—Majadero soy, mi amo, y tal vez no lo fuera si tuviera tu planta y tu gallardía. Pero me contento con engordar plácidamente,

hallando mi tranquilo placer en comer deleitosamente.

—Práctica filosofía muy glotona, lechón. Tienes que saber que la mejor creación de la Naturaleza es Eva.

—Deleite para los ojos, cierto que lo es. Y si algún día, en nuestras futuras correrías, mi amo, hallara yo a la que sueño...

—¡Albricias! ¿Y cómo es tu ensueño?

—Te reirás, mi amo.

—Puede que sí, puede que no. Pero ¿cuál es tu obligación de buen escudero, sino la de proporcionarme ocasión de disipar mis momentos de mal humor? Dime, pues, cómo forjas la mujer de tus ensueños en tu crasa imaginación.

—Rolliza, muda, diestra en el fogón y asintiendo a cuanto yo dijera, sin nunca llevarme la contraria. Dócil, honesta y sensata.

—Pides más que un trovador.

Picó espuelas Luys Gallardo, el que, seguido por su escudero, llegó prontamente a las primeras casas de Ajaccio.

Atravesaba una de las plazuelas al trote, cuando detuvo en brusco tirón de riendas su cabalgadura.

Bajo un soportal, un hombre adosado contra la pared ofrecía la punta de su espada y daga al grupo formado por cinco soldados.

Descabalgó Gallardo, ofreciendo las riendas a Bembo.

Se aproximó al soportal, ocultándose tras una columna. Desde donde estaba Oyó perfectamente la voz retadora de Delfín Lechuga, que anunciaba, displicente:

—Siete vidas tengo, y sólo sois cinco. Me sobran dos, y, por lo tanto, deberéis pedir refuerzos para terminar conmigo.

—¡Daos preso al Podestá .—conminó uno de los soldados. Y vióse que repetía por última vez su orden.

Delfín Lechuga rió con lúgubre entonación. Sin alegría, como si estuviera al borde de secreta desesperación.

—Seguid camino, soldados, porque no está hoy el horno para hogazas. Hay fiesta por doquier, y a mí me dió por festejar mi mala suerte. ¿Sabéis cuál es mi destino? Morir en pendencia, donde las luces del vino me sirvan de cirios. Pero necesito siete adversarios. Os lo advierto en vuestro propio bien.

El soldado trató de convencer al que manifiestamente estaba ebrio y casi cabeceaba a efectos del mosto.

—Ved que sólo deberéis declarar ante, el Podestá, que muy seguro os perdonará con una amonestación leve.

—A otro con este hueso, milite. Sigue tu camino. ¡Fuera!

El soldado que llevaba la voz cantante se exasperó. Miró hacia atrás, previniendo a los otros cuatro, que desenvainaron sus

estoques.

—Prestos...

Luys Gallardo avanzó embozado, interponiéndose entre los cinco soldados y el borrachín.

—Buenas mañanas, honrada gente. Conozco al caballero. Sería tal vez preferible me dejarais intervenir.

—Y vos, ¿quién sois?

—Un hombre amante de los buenos modales.

—Seguid vuestro camino, que nada se os perdió en este asunto. ¿No veis como los demás se alejan prudentemente de este sitio?

—Prudencia es nombre que detesté. Huele a hipocresía. ¿De qué es acusado este caballero?

—Ha ido provocando alborotos por doquier pasó. Ahuyentó doncellas en el mercado, asustándolas con sus atrevidos requiebros. Descalabró mercaderes que quisieron intervenir. Y, por fin, invitado a deponer su levantisca actitud, hace mofa de nosotros.

Y como si súbitamente se diera cuenta que estaba siendo demasiado contemporizador, el soldado desenvainó, imitado por el que estaba a su lado.

—¡Idos enhoramala!—exclamó, y, a la par, ambos se tendieron a fondo en estocada destinada a ahuyentar al intruso.

Luys Gallardo no se movió. Limitóse a detener con rápido y certero movimiento de su estoque la doble estocada.

El gesto violento echó hacia atrás su capa, desembozándolo.

Uno de les soldados, murmuró, precipitada y sofocadamente:

—¡Es... Dago! ¡Messer Corsi!

Los oíros cuatro retrocedieron. Y el que se había erigido en jefe, balbució:

—Perdonad, messer, si no os reconocimos. Creía que estabais en el castillo de Montemar...

—De ahí vengo, y oportunamente. Buenas mañanas.

Apresuradamente, los soldados, después de saludar, alejáronse a paso precipitado.

Volvióse Gallardo, para mirar sin reproche a su amigo.

—¿Se dió la noche negra, señor matachín?

Delfín Lechuga, que había envainado sus dos armas, se pasó la mano por la boca con gesto cansado.

—Hola, gentil doncel.

—Hace tiempo que no te veía.

—Pasó ya mi mal humor... Tenías razón al asegurar que no servía yo para hombre de amor fiel. He enterrado a Viviane.

Creyendo el trovador que el antiguo enviado del turco aludia a

un simbolismo, referente a olvidar a la francesa, replicó:

—Todo pasa y nada mata, si los dardos son de amor. Y hablando de dardos, zarpamos hacia nuevas tierras. Cuento contigo, si no quieres permanecer con Dom Corpacho y los otros lugartenientes de Dago.

—Prefiero tu indisciplina. ¿Dónde vamos?

—No lo sé. Lejos de aquí. El capitán Volpi me dará enseñanza sobre posibles islas o puertos donde suspiran lánguidas damas y conspiren y envenenen activos villanos.

—¡Allá voy yo!

Notaba el trovador que la faz demudada del castellano no se debía a estragos del vino ni a la noche en vela.

No preguntó. Limitóse a señalar el caballo de Bembo.

—Monta, que nuestro escudero dará una carrerilla para mantenerse ágil y abrir su apetito.

Cuando, ya al paso, llegaban a la playa donde anclaba el velero, Delfín Lechuga indicó a lo lejos...

—Hay allá una cruz sobre un montón de arena recientemente amasada. ¿Sabes lo que es la resaca, Luys?

—Posos de vino después de mucho beber.

—A otra aludo.

—Agrios recuerdos.

—Hablo de la natural.

—El mar devolviendo a la tierra lo que apresó.

—Fueron cadáveres de mujer... Lindas... Tentadoras... Dignas componentes de guirnalda trágica. Había restos de navio con talla genovesa. La galerna lo destrozó. Una de ellas era Viviane... Tal vez más bonita, porque semejaba descansar, y sus picaros ojos tenían suave matiz de reproche. Parecía reprochar a la existencia el haber sido cruel con ella. Mi oficio primero ha sido el de sepulturero. Y he enterrado a la única mujer que he amado. Y como sentía deseos de llorar vergonzosamente, anegué mis ojos en lágrimas de vino, pero algo se rebelaba en mí, y por eso pagaban justas por pecadoras. Tu presencia me ha despejado el entendimiento, Luys. Soy de mala ralea, pero mejoro a tu lado.

—Entonces, ven conmigo; que tu amistad me es precisa. ¿Te place el velero? ¿No es un gran artífice el escultor que creó esta figura de proa? Un dardo que apunta hacia donde la nave vaya. Casi una veleta. Es necesario a veces ser voluble, Delfín. Y tu nombre es marino. Seguro estoy que llegarás a querer tu nuevo avatar de tritón.

Enlazando el hombro de su amigo, Luys Gallardo subió con él la

pasarela, y, apenas pisaba cubierta, oyéronse sordas y sofocadas por la lejanía las explosiones de las bombardas que en Montemar anunciaban el principio del festín de bodas.

—¿Rumbo, patrón?—vino a pedir Musso Volpi.

—Cualquier isla donde abunden sirenas, capitán.

Musso Volpi no replicó. Iba acostumbrándose a considerar el trovador como un excéntrico aventurero galante sin meta ni rumbo, pero con generosa caballerosidad.

Y ordenó la maniobra por la que, moviéndose con lento empaque, acariciadas las lonas por suave brisa, el "Dardo" emprendía su primer viaje de aventura, bajo la égida de Luys Gallardo y sus pintorescos compañeros.

* * *

Erika Von Merck, enlazada por el talle, apoyaba su cabeza sobre el hombro de Bruyant, que en el otro soportaba a "Coclicó".

El loro, de vez en cuando, amagaba un rencoroso picotazo hacia la femenina cabeza, pero retrocedía al recibir un pescozón en la testa.

—Tu favorito tiene celos de mi, Bruyant.

—Te adivina poderosa y dominante, reina. Hasta hoy ninguna Eva triunfó sobre mí.

Veló ella la radiante luz azul de sus ojos. Y toda su postura tenía tal rendida sumisión, que el gascón tranquilizóse.

—Serán imaginaciones, ¿verdad, reina?

—¿Cuáles?

—Las que me hacen suponer que me tienes encadenado.

—No hay entre nosotros más cadena que la del amor, Bruyant.

—No me importa en lo más mínimo, porque de las otras, de las cadenas de hierro, el hombre se libra.

—¿Es que de mí deseas librarte... ya?

—Todavía no, Erika. Pero decía mi abuelo que el final de todo rompecorazones es ser esclavo de la triunfante Eva. Decía que una de ellas siempre venga los destrozos que en otras hizo el más pintado.

Calló el gascón, porque del castillete de proa brotaba una alegre canción, que el tañedor de laúd lanzaba con vigorosa entonación, para acallar el eco que anunciaba que allá en la colina que iba empequeñeciendo, la condesa Altiera era ya la esposa del heroico "Faciatosta".

El "Dardo" iba adquiriendo velocidad, al impulso de la creciente brisa del mar abierto, y a la canción del trovador se unían el coro,

el murmullo de las drizas, el chasquido de las lonas y el eterno rumor de la ola abriendo su seno al paso de la quilla.

Y pronto Ajaccio fue ya en lontananza una línea en el horizonte.

EPÍLOGO

—¡Al que rechiste le parto los dientes!—graznó “Coclicó”, en perfecto italiano, sintiéndose poco seguro entre las manos de Erika Von Merck.

La tudesca sentía celos del pajarraco que merecía de su amo palabras de pueril cariño. Lo consideraba un enemigo.

El aleteo vigoroso y los gruñidos agudos del animal y su imprecación despertaron a Bruyant, que, tendido en hamaca, dormitaba mecido por el mar.

Miró al escabel donde Erika, con expresión indiferente, soltó al loro, que con digna cólera fué a posarse sobre el pecho de su dueño, alisándose el alborotado plumaje.

Bruyant Lartiguers sonrió con cierta dureza.

—Todo lo que nos rodea inspira suaves pensamientos, reina. El mar azul por tapiz, el cielo por dosel, y mis bravos compinches sintiéndose como niños trepando por los palos. Debes contagiarte de la alegría del mar, reina. Y olvida que fuiste el condotiero temido. Sería en ti deplorable epílogo a tu carrera de armas asesinar un inocente animal.

—Mal pensado eres, Bruyant.

—Franca y sincera eres, Erika.

—¡Detesto a tu pajarraco!

—Esto está mejor. Decía mi abuelo que a la mujer se le debe perdonar muchas cosas, menos el engaño. Y yo tampoco quiero engañarte, reina. "Coclicó” es ya algo muy íntimo. Si sufriera daño a tus manos, no te lo perdonaría, y sea ésta la última riña conyugal que tengamos acerca de mi caprichosa devoción a quien lleva años distrayéndome. Es menospreciarte tú misma ver un rival en un loro.

—Niño... — murmuró, ella, comprendiendo que para el bandolero, “Coclicó” representaba un fiel amigo.

—A mucha gala. Precisamente don Luys Gallardo estaba diciéndole en el almuerzo a don Delfín, que bienaventurados son los hombres que no han ahogado en su alma el niño que un día fueron. Y también dijo otra cosa.—Y el gascón tuvo mueca picaresca para añadir: —Que el “Dardo” apunta rectamente hacia la Isla de las Sirenas.

—No existen. También en mi patria se hablaba de las “Lorelei”, las sirenas del padre Rin, seres imaginarios.

—¡Siempre Eva derrocando ilusiones! Yo creo en las sirenas...,

puesto que te amo locamente, Lorelei.

Sonrió ella complacida, pero no pudo impedirse el advertir:

—Desembarcaré contigo en esta supuesta isla de sirenas.

—Naturalmente. Eres mi buena sombra.

Acercóse uno de los gascones, vacilante. Saludó a Erika llevándose un dedo a la visera del capuz.

—Esto... Dicen los compinches, jefe, que... vamos a isla donde está lleno de... sirenas. Dicen que eso no es posible.

—¿Cómo que no, zopenco? Eva siempre triunfa, y todas son sirenas.

—Pero es que Frelon dice que las sirenas... pues que tienen de cintura para abajo escamas de pez.

—Cuentos y leyendas. Las sirenas tienen unas piernas que son un poema y unos pies que parecen trocitos de lirio amasado con rosas.

—Ah...—Y respirando tranquilizado, alejóse el gascón.

Delfín Lechuga paseaba solitario por la cubierta. Como hombre de azorosa existencia, iba ya pensando en el futuro puerto.

Según decía Musso Volpi, existía una isla de Capri, qué fué antaño refugio de sirenas, según narraba un tal Homero.

Lo cierto era, aseguraba el capitán Volpi, que la isla de Capri era célebre por la belleza de sus mujeres, que eran amables y acogedoras.

Y a la belleza de Eva servía de marco esplendoroso el maravilloso prodigio de la Naturaleza, generosa como en ningún lugar en la isla de Capri.

El “Dardo” daba razón de su nombre. Cortaba su proa velozmente las azules aguas, abriendo penacho de espuma, y dejando tras sí estela blanca que semejaba blanco pañuelo de despedida a la isla corsa, Erika Von Merck, la “Lorelei”, escuchaba complacida las galanterías de Bruyant Lartiguers.

Y Luys Gallardo, dejando atrás un fallido amor que en su recuerdo conservaría el aroma inmarcesible de lo irrealizado, pulsaba su laúd, cantando alegre trova, donde proclamaba su futuro propósito de buscar pronto olvido en nuevas aventuras fugaces.

PRÓXIMO EPISODIO:
"LA ISLA DE LAS SIRENAS”

Notas

[←1]

Véase Máscara de cera.